

[Publicado previamente en: *Coloquio Los asentamientos ibéricos ante la romanización*; 27-28 febrero 1986, Madrid, Ministerio de Cultura, 1987, 43-54 (también en J.M.<sup>a</sup> Blázquez – M.<sup>a</sup> P. García-Gelabert, *Castulo, ciudad ibero-romana*, Madrid 1994, 131-162). Editado aquí en versión digital por cortesía de los autores, con la paginación original].

## El iberismo en la ciudad de Castulo

José María Blázquez Martínez  
María Paz García-Gelabert

Las investigaciones en torno a comunidades protohistóricas más o menos nucleadas y sus correspondientes unidades de habitación han adquirido una gran importancia en el campo de la arqueología durante los últimos años, sobre todo a partir de la adopción del sistema de patrones de asentamiento<sup>1</sup>. A pesar de ello la mayor parte de los investigadores han descrito series de dependencias aisladas, casas o servicios, tales como alfares, molinos, talleres metalúrgicos, santuarios, necrópolis, conforme se presentan en excavación, es decir, datos aislados a los que se ha tratado de relacionar con la problemática del centro al que están ligados.

Dada la escasez de noticias sobre las viviendas de la Alta Andalucía durante el período ibérico resulta difícil establecer un patrón que las defina aunque sí nos permite, en líneas generales y siempre jugando con un amplio margen de error, exponer determinadas constantes que las caracterizan: creemos mantuvieron una alta homogeneidad, tanto en la forma como en lo que se refiere a materiales y sistemas de construcción. El pueblo llano fue y es eminentemente conservador y sobre todo carece de la mentalidad y los recursos necesarios para permitirse edificar amplias viviendas que implican un alto coste de energías que ha de emplear en procurarse la subsistencia, si presuponemos que la economía dominante se basa en el autoabastecimiento. Excepcionalmente las clases altas adineradas de la estratificada sociedad ibérica pueden construir con una cierta variación, de hecho la misma, en ocasiones, ha podido sugerir al arqueólogo esta estratificación.

Un medio particularmente rico como el que estuvo enclavada la ciudad de Castulo<sup>2</sup>, puede hacer posible la producción de excedente alimentario. Con ello aparecen artesanos especializados a tiempo completo, así como clases militares, religiosas y políticas, en fin, los componentes de una socie-

dad jerarquizada. En general la fuerza de un excedente en la subsistencia es el punto clave para subsiguientes evoluciones socio-económicas<sup>3</sup>. Aunque en Castulo no se hace evidente, de momento, en los datos arqueológicos, un avance

---

<sup>1</sup> En las últimas décadas prestigiosos autores han aplicado el método de patrones de asentamiento a sus estudios. Cabe destacar a R.E. BLANTON, S. BORHEGYI, W. BULLARD, P.J. CLARK, D. CLARKE, K.C. CHANO, F.C. EVANS, K. FLANNERY, J.A. FORD, J.B. GRIFFIN, E.S. HIGGS, S. MILES, J.R. PARSONS, P. PHILLIPS, B. PRICE, W.T. SANDERS, B. VOORHIES, C. VITA-FINZI y G. WILLEY. Algunas publicaciones sobresalientes son: R.E. BLANTON, Prehistoric settlement patterns of the Ixtapalapa peninsula region, México, *Occasional Papers in Anthropology* 6, Pennsylvania State University, 1972. S. BOREHGYI, Settlement patterns of the Guatemala highlands, *Handbook of the Middle American Indians*, vol. 2, págs. 59-75, 1965. W. BULLARD, Maya settlement patterns in northeastern Peten, Guatemala, *American Antiquity*, vol. 25, 3, págs. 365-372, 1960. K. FLANNERY (Ed.), *The early Mesoamerican village*, Studies in Archeology, New York, 1976. Intervienen en la publicación reputados investigadores como S. PLOG, M.C. WINTER, A. ZARKY, J. PIRES-FERREIRA, J. MARCUS y otros, cuyos postulados, aunque relativos a Mesoamérica son susceptibles de aplicación a la prehistoria y protohistoria peninsular. Para cálculos de población e investigación de asentamientos. S. MILES, Maya settlement patterns, *Southwest Journal of Anthropology*, 13, págs. 239-248, 1957. J.R. PARSONS, Archaeological settlement patterns, *Annual Review of Anthropology*, 1, págs. 127-150, 1972. G. WILLEY, Prehistoric settlement patterns in the Viru Valley, Perú, *Bureau of American Ethnology*, Bul. 155, 1953. I. HODDER, C. ORTON, *Spatial analysis in archaeology*, Cambridge University Press, Cambridge, London, 1976. Véase también: *Arqueología Espacial. Coloquio sobre distribución. y relaciones entre los asentamientos*, 6 tomos, Teruel, 1984.

<sup>2</sup> Dentro de la bibliografía sobre Castulo puede verse: J.M. BLÁZQUEZ, Castulo I, *AAH* 8, 1975; id, Castulo II, *EAE* 105, 1979; J.M. BLÁZQUEZ, J. VALIENTE, Castulo III, *EAE* 117, 1981; J.M. BLÁZQUEZ, R. CONTRERAS, J.J. URRUELA, Castulo IV, *EAE* 131, 1984; J.M. BLÁZQUEZ, M.P. GARCÍA-GELABERT, F. LÓPEZ PARDO, Castulo V, *EAE* 140, 1985.

<sup>3</sup> E.R. SERVICE: *Los orígenes del Estado y de la Civilización*, Madrid 1975, pág. 213 ss.

en las técnicas agrícolas como podrían ser los sistemas de riego básico, su cercanía a las minas y el poderío económico que ello representa bien pudo paliar la carencia de especialización agrícola. Mas antes de introducirnos en la problemática que conlleva el tema conviene definir y esbozar una breve reseña histórica del territorio sobre el que se va a centrar el estudio que nos ocupa.

Los restos materiales de Castulo se encuentran a 5 Km. de Linares (Jaén) por la carretera de Torreblascopedro, en la margen derecha del Guadalimar. En su emplazamiento hay un buen dominio estratégico, abundancia de agua, veneros de almagra, vetas de arcilla, proximidad a los yacimientos mineros (cobre, plata, etc.), fáciles comunicaciones terrestres y fluviales hacia el Bajo Guadalquivir, Levante, Sureste y la Meseta, y fértiles tierras.

La ciudad iberorromana de la Tarraconense, limítrofe ya con la Bética, fue a menudo reflejada en las fuentes literario geográficas griegas y latinas que alaban especialmente su riqueza metalúrgica y que precisamente por ello y quizá también por su posición estratégica que controlaba numerosas vías comerciales, pronto pasó a ser lugar codiciado primero por los bárquidas y más adelante por los romanos. La temprana intrusión de estos pueblos abocó lógicamente al deterioro y paulatina desaparición de la infraestructura y superestructura autóctona, aunque a decir verdad no creemos que el espíritu indígena fuese totalmente absorbido por la máquina de la romanización. La civilización ibérica hunde demasiado fuertemente sus raíces en el tiempo como para ser arrancada radicalmente. Un pálido ejemplo puede referirse a las numerosas piezas de plata y oro ocultas por sus propietarios iberos durante las campañas de ocupación, expediciones de castigo o ante el peligro de razzias. En estos tesoros suelen conjugarse los elementos tradicionales estilísticos y las nuevas aportaciones helenísticas<sup>4</sup>.

La ciudad era ya importante en época de Aníbal. Livio (24,41) la describe en los siguientes términos refiriéndose a los sucesos de los años 214-212 a. C. «*Castulo, urbs Hispaniae valida ac nobilis et adeo coniuncta societate Poenis ut uxor inde Hannibali esset, ad Romanos defecti*». Los dos adjetivos con que el historiador latino califica a la ciudad indican su importancia ya en el comienzo de la conquista romana. Livio añade un dato interesante para la historia económica y socio-cultural de Castulo, que era adicta al partido cartaginés hasta el punto de que Aníbal casó con una mujer de la ciudad, probablemente hija de un aristócrata o guerrero influyente con el que interesaba sellar su amistad mediante vínculos de sangre. Tal inclinación de los púnicos lleva implícita obviamente un amplio comercio basado en el trueque de metales, primero explotados por los castulonenses, según la afirmación de Diodoro (V, 36-38) de que los iberos explotaban minas que les producían ganancias espléndidas. Más adelante es probable que los derechos de explotación fuesen cedidos a los cartagineses a través de un convenio o simplemente por la fuerza de las armas.

La ciudad desde siglos atrás debió mantener un comercio muy activo. En pleno siglo VI a. C. tratarían con los fenicios interesados principalmente en obtener plata de Tartessos (Diodoro 35, 3) y después con los griegos que venían a Turdetania en busca de plata (Her, I 163, IV 152). La riqueza en plata de la región de Castulo explica también el que el ejército romano al año siguiente de desembarcar en Hispania bajase hasta la sierra de Castulo (Livio 33, 20, 12). Se trataba de apoderarse de una de las regiones mineras más

ricas, con lo que se quitaba una de las principales bases de aprovisionamiento del ejército cartaginés. Los romanos explotaban desde el primer momento las riquezas mineras como lo indica el libro I, 8, 3 de los Macabeos que da como razón de la conquista de Hispania la necesidad de explotar sus riquezas mineras.

A consecuencia de lo expuesto Roma tuvo especial interés en que la zona fuera conquistada prontamente. Por ello sufrió numerosas vicisitudes que arruinaron la ciudad primitiva, sobre cuyos cimientos se levantaron los edificios públicos y las casas particulares romanas. Se conocen algunos acontecimientos que tienen como marco la ciudad durante la segunda guerra púnica: en el año 214 a. C. pasó Castulo a los romanos (App. *Ib.* 16; Liv. 14, 41, 7) pero después de la muerte de los Escipiones volvió de nuevo a poder de los púnicos (Liv. 28, 19, 1-2). En Castulo venció el joven P. Escipión a un ejército cartaginés que se encontraba a las órdenes de Magón (Liv. 26, 20, 6) y el mismo general en el año 208 a. C. según Polibio (10, 38, 7) «acampaba en las proximidades de Castulo, cerca de la ciudad de Baecula y no lejos de las minas de plata». La famosa y trascendental batalla de Baecula que fue la clave de la conquista de Andalucía se dio cerca de la ciudad castulonense (Liv. 27, 20, 3; 28, 13, 4. Pol. 9, 20, 5).

En el 206 a. C. Escipión se apoderó de Castulo. El general había mandado venir de Tarragona a L. Marcio y le envió a asediar Castulo con una tercera parte de las tropas, mientras él con el resto del ejército tomaba Ilturgi, donde según la realista descripción de Livio (28, 20) hicieron los romanos una atroz carnicería. De allí Escipión condujo el ejército a Castulo, ciudad que estaba defendida por los iberos y por los restos del ejército cartaginés procedentes de la desbandada, mandados por Himilcón. En la ciudad y ante la noticia de lo sucedido en Ilturgi, que precedió a la llegada de Escipión, surgió una división de los defensores, pues los iberos aconsejados por Cerdubelo eran partidarios de la rendición, como la realizó este caudillo mediante un pacto secreto con los romanos, entregando la ciudad y a los cartagineses. Conviene hacer un inciso en la enumeración de estos episodios bélicos para indicar que el nombre de Cerdubelo, típicamente celta prueba la importancia de este elemento en la Turdetania como lo significan otras fuentes (Str. III, 2, 15) y los nombres celtas de las monedas de Obulco y la misma familia de Séneca que es de ascendencia céltica según la tesis de A. Tovar<sup>5</sup>. Ello asimismo se refuerza con determinados motivos de raíz celta que aparecen en los diseños de ciertos elementos arquitectónicos y de orfebrería, que más adelante tratamos.

Entre los años 98 y 94 a. C. el pretor Didio inverna en Castulo siguiendo la costumbre de los generales romanos que participaron en las guerras lusitanas y celtibéricas de invernar en Turdetania y en Carpetania (Plut. *Sert.* 3). Le acompañó Señorío que era por entonces tribuno militar de Didio. Durante la estancia en Castulo de Sertorio con las tropas del pretor, ocurrió el sangriento suceso de los castulonenses alia-

<sup>4</sup> Sobre tesoros indígenas en los que se aúnan técnicas y elementos estilísticos tradicionales y los aportados por el arte de los conquistadores, J.M. BLÁZQUEZ, M.P. GARCIA-GELABERT: *Ei final del mundo ibérico en la Bética, I Jornadas Arqueológicas sobre el Mundo Ibérico, Jaén 1985* (en prensa).

<sup>5</sup> Estudio sobre las primitivas lenguas hispánicas, *Zephyrus* 3, 1952, pág. 219 ss.

dos de los girisenos y gurisinos que con tanto detalle describe Plutarco, que le valió a Sertorio la corona gramínea<sup>6</sup>. Probablemente la ciudad a la que pidió ayuda Castulo sea Giribaile, nombre que recibe en la actualidad un alto cerro a poca distancia de Linares<sup>7</sup>, en el que existe un vasto yacimiento arqueológico que se remonta a los primeros momentos del Bronce al menos, y en el cual, a consecuencia de su extraordinaria situación estratégica, se ha sucedido el poblamiento hasta incluso época árabe, al igual que ocurre en Castulo.

Durante la guerra civil Petreyo contaba con dos legiones para defender la provincia Ulterior desde la sierra de Castulo hasta el río Guadiana (BIC, 38). Igualmente en el período de la guerra civil en la región de Castulo anidaban los bandoleros que interrumpían el correo con Roma<sup>8</sup>.

De los hechos bélicos citados en relación con Castulo se deduce que ésta no se vio especialmente afectada ya que no fue sometida a largos cercos o cruentas batallas que arruinaran el caserío ibérico. Otra fue sin duda la causa de su temprana desaparición, la intensa explotación y colonización a que se vio sometida la Península conforme iba siendo conquistada y especialmente los centros mineros. Durante los primeros tiempos de la conquista romana de Hispania hacia el 179 a. C. la explotación de las minas hispanas pasó a las compañías de públicanos, lo que motivó una fuerte corriente migratoria de itálicos. Desde el s. II a. C. efectivamente el Estado Romano había transferido al dominio público las propiedades de los bárquidas y especialmente las salinas y las minas. Diodoro que como vimos alude a la riqueza de Hispania en metales (V, 36-38) señala el extremo citado, es decir, cómo la Península estuvo sometida a una gigantesca colonización itálica. Ella fue pues un factor importante en la romanización y subsecuente cambio de civilización de los pueblos autóctonos. Ha sido Rostovtzeff y más recientemente Menéndez Pidal<sup>10</sup> y Gabba<sup>11</sup> los que han llamado la atención, siguiendo a Diodoro, sobre las migraciones itálicas y su incidencia en las zonas mineras peninsulares entre las que se encuentra Castulo. Parece lógico que desde la toma de contacto con el área y previa descalificación de los bárquidas, los conquistadores romanos poblaron en función de la explotación de las minas, la zona de Castulo en cuyas proximidades se encontraba la sierra de la plata (Str. III, 148)<sup>12</sup>. Se podría establecer un paralelismo con lo ocurrido en la mina de plomo argentífero de la Loba, perteneciente al término de Fuenteovejuna (Córdoba). La mina, situada en un cerro de granito de mediana elevación, fue explotada en busca de cobre en el segundo milenio a. C., a comienzos de la Edad del Bronce, su campamento se encontraba en un altozano fácilmente defendible. Frente a él, en uno de mayores proporciones, se asienta un poblado minero de fecha posterior aunque sin determinar todavía, según parece debe datarse en época inmediatamente prerromana<sup>13</sup>. Los romanos explotaron intensivamente la mina, tres grandes filones, dos de ellos a cielo abierto, empleando un considerable número de esclavos. En los almacenes de la mina se ha hallado gran cantidad de campaniense B, importada directamente de Italia. También numerosas ánforas contenedoras de vinos y aceite, uno de cuyos modelos procede de la región de Brindisi. En la zona aparecieron incluso algunas monedas de Castulo, lo que parece implicar una interrelación entre los cotos mineros desde época republicana, aproximadamente a fines de s. II a. C. Similar tipo de explotación se dio en Castulo. Allí negociaba la *Societas Castulonensis*, en la explotación mi-

nera del Centenillo —s. I a. C. y tres siglos más—<sup>14</sup> se recobraron más de 100 sellos de plomo con la inscripción C.S. o S.C. que se interpreta como *Societas Castulonensis*. Esta debió controlar y explotar todas las minas de la región con similares características de producción a las de la Loba. Este tipo de *Societas* estaba integrada por *negotiatores* procedentes de Italia según las afirmaciones de Polibio (Diod. V, 36, 3) y de Posidonio (Diod. V, 38, 9), que se afincaban en Hispania, se enriquecían y empleaban parte de sus ganancias en Italia y parte en terrenos agrícolas hispanos, posiblemente del área territorial, en que establecían su residencia. Como el laboreo en las minas de Sierra Morena debió sufrir un colapso con la guerra civil<sup>15</sup> entre los años 49 y 45 a. C., según lo indica el hecho de que en la mina de el Centenillo no se volviera a trabajar hasta la segunda mitad del s. I, se ha pensado que los *negotiatores* en este intervalo de tiempo debieron invertir en las explotaciones agrícolas, lo que viene a potenciar con mayor fuerza la temprana romanización de la región.

Durante la campaña de excavación arqueológica realizada por nosotros en octubre-noviembre 1985 en la villa bajoimperial de «El Olivar» (Fig. 1), situada en la zona central de la ciudad, se ha podido comprobar cómo a los restos materiales indígenas se superponen las estructuras romanas. En el estrato III del sondeo A3 (Fig. 2) se han hallado evidencias de que debajo de una serie de estancias y pavimentos superpuestos romanos existía el *oppidum* prerromano. Un caso similar se da en la ciudad romana de Itálica según ha verificado M. Pellicer en el corte estratigráfico de la casa de la Venus<sup>16</sup>, donde el estrato I proporciona materiales de fines del s. IV al tercer cuarto del S. III a. C. y el estrato II del s. III a principios del s. II a. C. Ello viene a demostrar que el poblado indígena se remonta al menos un siglo antes

<sup>6</sup> R. CONTRERAS: Sertorio en Castulo, *Linares* 50, pág. 5 ss.

<sup>7</sup> Las coordenadas geográficas del asentamiento de Giribaile son 38° 07' 13" Norte, 3° 29' 03" Oeste, hoja 906, Úbeda, del mapa 1:50.000 del Instituto Geográfico Catastral.

<sup>8</sup> R. CONTRERAS: Bandolerismo hispano y guerra civil en el Salto Castulonense en el año 43 a.C., *Oretania* 4, pág. 76 ss.

<sup>9</sup> *Historia social y económica del Imperio Romano*, Madrid 1937, pág. 72.

<sup>10</sup> Colonización suritálica de España, según testimonios toponímicos e inscripciones, *ELH*, 1, LIX ss.

<sup>11</sup> Le origini della Guerra Sociale e la vita politica romana dopo 189 a. C. Sull'emigrazione romano-italica in Spagna nell II sec. a.C., *Athenaeum* 32, 1954, pág. 297 ss. A. TOVAR: *Latín de Hispania: aspectos léxicos de la romanización*, Madrid, 1968.

<sup>12</sup> R. CONTRERAS: El verdadero sentido de los textos clásicos relativos al Monte de la Plata, *Oretania* 22, 1966, pág. 165 ss. Entre la bibliografía sobre las minas de Castulo y su entorno puede consultarse: R. CONTRERAS: Precintos de plomo en las minas hispanorromanas de El Centenillo, *Oretania* 6, 1960, pág. 272 ss.; C. DOMERGUE, G. TAMAIN: Note sur le district minier de Linares-La Carolina (Jaén, Espagne) dans l'Antiquité, *Mélanges de préhistoire, archéocivilisation et ethnologie offerts à V. Varagnac*, París 1971, pág. 199 ss; Id, El Cerro del Plomo, mina El Centenillo (Jaén), *NAH* 16, 1971, pág. 265 ss.

<sup>13</sup> J.M. BLÁZQUEZ: Poblado de esclavos mineros en Fuenteovejuna, *Arqueología* 3, 1980, pág. 9. Véase también del mismo autor, *Economía de la Hispania Romana*, Bilbao 1978, pág. 253 ss.; *Historia económica de la Hispania romana*, Madrid, 1978, pág. 21 ss. C. DOMERGUE: Les Planii et leur activité industrielle en Espagne sous la République, *M.C.V.*, 1, 1965, pág. 9 ss.

<sup>14</sup> G.F. HILL: Coins from the Neigh-Gourhood of a Roman Mine in Southern Spain, *JRS* 1, 1911, pág. 100 ss.

<sup>15</sup> C. DOMERGUE: Rapports entre la zone minière de la Sierra Morena et la plaine agricole du Guadalquivir a l'époque romaine, *MCV* 8, 1972, pág. 619 ss.

<sup>16</sup> Corte estratigráfico de la casa de la Venus, en Itálica, *EAE* 121, 1982, pág. 18.



Fig. 1. Villa tardo romana de «El Olivar» Castulo.

de la llegada de los romanos<sup>17</sup>. En nuestro yacimiento por la proximidad temporal de la excavación el material aún no se ha estudiado formalmente, mas un contacto superficial (lavado, siglado, dibujo) proporciona en el estrato III un horizonte plenamente ibérico que se refleja en las cerámicas, consistentes en ollas globulares con el borde vuelto redondeado, vasos de paredes rectas, platos y fuentes abiertas, de pastas claras depuradas y bien trabajadas y superficies decoradas con motivos geométricos simples: bandas horizontales paralelas al borde, ondas, semicírculos/círculos concéntricos, líneas quebradas, generalmente trazados con tierras rojizas. Hay también cerámica de cocina, ollas, orzas, cuencos y platos, de pastas toscas, pardas, cocidas a fuego reductor, pervivencia de la técnica empleada durante la Edad del Bronce. Toda esta cerámica parece asociarse con un muro transversal construido con piedra aristada mediana, que se introduce en el perfil Oeste. Aunque es prematuro aventurar hipótesis, parece que el muro limita un recinto de habitación, a juzgar por el suelo de arcilla endurecida en la que se integran vegetales carbonizados, huesos de animales y restos metálicos. El estrato III no quedó concluido a consecuencia de que era sumamente costoso el trabajo en un lugar tan profundo y estrecho. Por falta material de tiempo no se pudo ampliar, aunque se tiene previsto para la campaña de 1987 realizar tal ampliación hacia el Oeste, con la finalidad de seguir profundizando holgadamente para tratar de aislar las posibles estructuras indígenas. El estrato II contenía cerámica presigillata, italogriega, fragmentos de campaniense B, cerámica ibérica pintada que parece reflejar el momento de instrucción

de la cultura romana. Esta, como más arriba hemos apuntado, no llegó a ser asimilada íntegramente por parte de los primitivos habitantes iberos, en todo momento es posible observar cómo en la cultura material el espíritu primitivo de los iberos romanizados aflora. Aún a mediados del s. I la cerámica acusa este fenómeno como es el caso de una urna encontrada cercana a la muralla y asociada con sigillata estampillada y común romana, la cual muestra unas acentuadas pervivencias de la cerámica tradicional ibérica<sup>18</sup>.

En prospección superficial se han hallado restos de muros francamente asociados con cerámica ibérica del s. IV a. C., en la zona amesetada y especialmente en las laderas Sur y Oeste del cerro de la Muela. La mayor presencia en las laderas no ha de extrañar teniendo en cuenta que el arrastre de tierras por la erosión facilita el descubrimiento de estructuras en terreno inclinado. Estas paredes compuestas de piedra desigual tanto en tamaño como en forma, unidas con una leve capa de argamasa, podrían delimitar espacios rectangulares, dada su longitud, aunque no se ha podido aclarar este extremo a falta de excavaciones. Los muros se encuentran en numerosos puntos, cuya distribución en plano ofrece un cuadro urbanístico muy irregular. Las viviendas debieron aglomerarse primitivamente en los lugares llanos

<sup>17</sup> P. LEÓN: Itálica. Problemática de la superposición de Santiponce al yacimiento, en *Arqueología de las ciudades modernas superpuestas a las antiguas* (Zaragoza, 1983), Madrid, 1985, pág. 218 ss.

<sup>18</sup> J.M. BLÁZQUEZ, P. FERNÁNDEZ URIEL: Urna oretana en la muralla de Castulo, *Zephyrus*, 1974, págs. 343-350. .

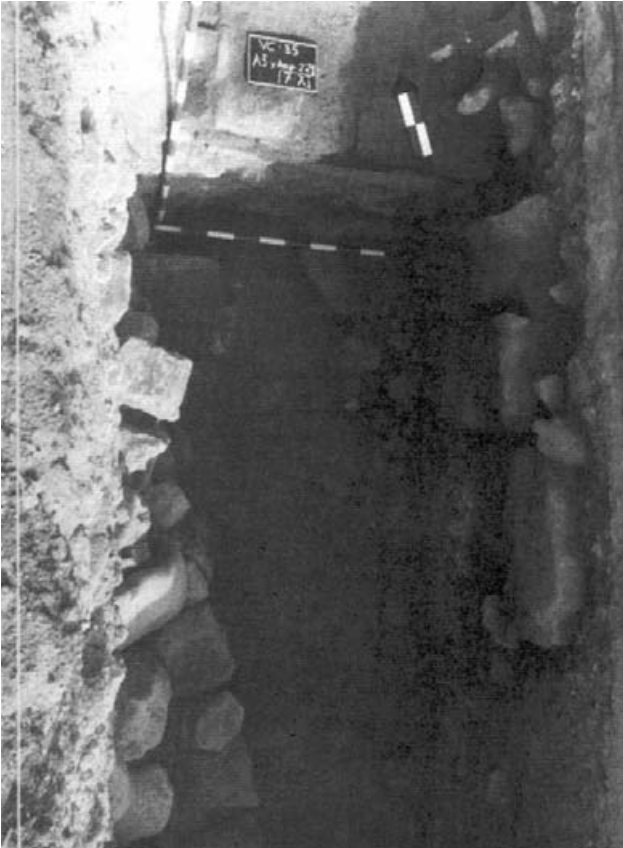


Fig. 2. Sondeo AE, villa de «El Olivar» Castulo.

amesetados y posiblemente creciendo alrededor de los edificios principales —hecho constatado en los castros de Giribaile y Vadollado, de los que trataremos más adelante—, que no serían muy suntuosos en una sociedad como la de Castulo, de economía rural básicamente agrícola y ganadera con un importante componente fundamentado en la metalurgia. Posteriormente en el momento de máximo auge demográfico rebasarían las murallas y se distribuirían por las laderas, a juzgar por los datos que aportan las necrópolis, en torno al primer cuarto del s. IV a. C. Ello si presuponemos que los muros pertenecen a viviendas, porque también pudiera tratarse del barrio o zona industrial extramuros; talleres de forja, alfares, molinos, que precisan de la cercanía del agua —en los alrededores del arroyo de San Ambrosio es donde se nota mayor densidad de paredes—. Los talleres a veces familiares y en la mayoría de los casos con escasa mano de obra, generalmente esclava, solían instalarse fuera de la población, no por causa discriminatoria, sino porque extramuros se halla más fácilmente la materia prima. Esta forma de aglutinación en barrios en cierta manera instintiva y primitiva va configurando un urbanismo a medida que la sociedad que lo compone se va haciendo más compleja. Aparte de los restos comentados existen restos de alfares: al pie del torreón árabe; otro en la margen derecha del arroyo de San Ambrosio en su curso medio, muy cercano a una veta de arcilla; restos de dos más al NW y O de la «Casa de Zamarrica», situada al O del poblado de la Muela. Un cuarto se localizó cercano a la necrópolis de Baños de la Muela y, finalmente, en la orilla izquierda del río Guadalimar, prác-

ticamente enfrentado el santuario de la Muela<sup>19</sup>, existía un gran alfar, con varios hornos, aún en buenas condiciones de ser excavado. El mismo tiene sin duda un perfecto emplazamiento, cercano a una importante cantera de marga de extraordinaria calidad. Muchas de las piezas salidas de este alfar se han encontrado en las excavaciones del poblado y santuario de la Muela y en los ajuares de la necrópolis del Estacar de Robarinas<sup>20</sup>.

Para dar mayor fuerza al argumento que asigna a esta zona el carácter de barrio industrial conviene indicar que en el mismo espacio se integran, por un lado los restos del embarcadero y, por otro los copiosos vestigios de escoria de fundición dan fe de una animada actividad metalúrgica en los contornos. Para la misma hay que tener en cuenta que se requieren imprescindiblemente tres factores: el mineral, abundante leña y agua. Respecto al mineral hemos hallado en los alrededores numerosas almagreras. Concretamente en los cerros de la ribera izquierda del Guadalimar existen vetas cuyo almagre es especialmente bueno para el beneficio del mineral e incluso para el embellecimiento de la cerámica. La existencia de las almagreras es un dato muy significativo a relacionar con el poblamiento si se tiene en cuenta que sobre este tipo de producto debió girar buena parte de la tecnología primitiva del metal<sup>21</sup>. Por otra parte, el paraje comprende los puntos de agua más importantes del entorno: el río Guadalimar, el arroyo de San Ambrosio, el manantial que fluye bajo el santuario de la Muela y las fuentes que hasta hace unas décadas alimentaban los recientemente desaparecidos «Baños de la Muela». El combustible necesario para los hornos cerámicos o de fundición lo proporcionarían los bosques de *quercus ilex* que se hallaban en el área de aprovisionamiento de Castulo. Esta leña de alto poder calorífico también fue empleada para realizar las cremaciones de los cadáveres en los *ustrinia* de las necrópolis cercanas. Aunque no han podido aislarse viviendas ibéricas en el área que comprende el yacimiento de Castulo, en parte por la destrucción parcial en época romana de las casas indígenas y en parte por la falta de excavaciones arqueológicas sistemáticas en las laderas Sur-Oeste del cerro de la Muela, se podría, con objeto de inferir sus modos de habitación, establecer paralelismo con el castro de Giribaile, en el que el indigenismo parece pervivir hasta época muy avanzada de la dominación romana. A pesar de que no existe aún un plan de trabajo en el mismo que rescate tan interesante poblado, los conjuntos de habitación han llegado hasta nuestros días perfectamente conservados, aunque en la actualidad la proliferación incontrolada de excavadores clandestinos está dañando gravemente las estructuras. Los habitantes de Giribaile y Castulo parecían tener relaciones de amistad y quizá de parentesco según se desprende de la petición de ayuda, atendida prontamente, hecha por parte de los habitantes de Castulo a los de Giribaile para vengarse de los soldados del pretor Didio que mientras inveraban en Castulo ofendían a sus habitantes, ayuda que a muchos les costó la vida y a otros la libertad, merced a la estrategia de Sertorio (Plut. Sert. 3).

<sup>19</sup> Para la localización de estos rasgos véase: J.M. BLÁZQUEZ, Castulo I, pág. 123 ss. para la necrópolis de Baños de la Muela y J.M. BLÁZQUEZ, M.P. GARCÍA-GELABERT, F. LÓPEZ PARDO, Castulo V, pág. 17 ss. para el resto.

<sup>20</sup> J.M. BLÁZQUEZ, M.P. GARCÍA-GELABERT, Castulo VI, EAE (en prensa).

<sup>21</sup> A. MADROÑERO, M.N. ÁGREDA: Contribución al estudio de la metalurgia de Castulo, en J.M. BLÁZQUEZ, M.P. GARCÍA-GELABERT, Castulo VI (en prensa).

Indudablemente cada ciudad era independiente en sus decisiones acerca de sus relaciones con el resto, pero dado que todas las del área debían compartir un idioma y una cultura común y practicarían en alguna medida el matrimonio entre los miembros de todas ellas, debió existir al, menos entre los grandes poblados, un ambiente socioeconómico y cultural común, así pues entre sociedades primitivas con esferas de relaciones sociales que se superponen y entrelazan<sup>22</sup> la cultura material lógicamente había de ser muy semejante.

Las estructuras habitacionales autóctonas en Giribaile se siguen conservando tras la conquista romana, no sabemos si a consecuencia de que el alto castro no ofrecía las condiciones adecuadas para su poblamiento cotidiano y los pobladores itálicos que explotaban económicamente el área preferían vivir en lugares más abrigados. Dicha hipótesis es válida hasta que no se realicen excavaciones que puedan apoyar o rebatir el tema. En el caso expuesto los conquistadores se limitarían a mantener en el cerro un contingente de tropas en vigilancia de los extensos terrenos que desde él se divisan. De este modo existiría un binomio: reducto campamental romano/asentamiento indígena, y aunque las interrelaciones entre ambos no dejarían de presentarse, la evolución de los iberos pudo realizarse paralela a la de los ocupantes romanos, sin que se llegaran a contaminar excesivamente, como en Castulo, de los modos romanos. Es el caso que aún reconociendo que los romanos convivieron en algún modo con los giribailenses, ya que los restos de cerámica sigillata y común romana se hallan mezclados con la ibérica y asociados a las estructuras de habitación autóctonas, hecho que sobre todo es constatado en los hoyos practicados por los excavadores clandestinos, el castro conserva aquéllas con un fuerte sabor ancestral, casas que no se diferencian en nada a las de los poblados indígenas más antiguos, como es el de Vadollado, situado al O de Giribaile, 5 Km. en línea recta<sup>23</sup>, en un cerro amesetado al pie del río Guarrizas, protegido por un fuerte escarpe. En este castro no se observa en absoluto la presencia romana, es más, hay una brusca ruptura de su hábitat en una época determinada (no se ha excavado). La causa puede residir en que los habitantes del poblado fueran obligados en época temprana a abandonar el cerro y asentarse en el llano. Desde aquél se dominan al E, O y N amplias vegas y rutas naturales —un cruce de caminos y un desfiladero por el que pasaba la calzada Castulo-Sisapo— y, además, en la caída del cerro, al N, se encuentra una serie de obras hidráulicas romanas. Por todo ello no es extraño que el traslado se llevase a efecto, puesto que los pobladores de un lugar tan estratégico podían constituir un peligro para los que transitaban por la vía o trabajasen en los molinos.

En Giribaile se construyeron dos tipos de viviendas que parece que conviven, aunque no hay que descartar entre ambos una secuencia temporal: viviendas de planta circular y viviendas de planta cuadrada o rectangular tipo megaron, en cualquier caso la técnica y material constructivo es idéntica. Igual fenómeno puede documentarse en el castro de Vadollano.

En general las casas pudieron estar directamente construidas sobre el suelo de tierra nivelado y apisonado, como el que se encuentra en el estrato III del sondeo A3 en la villa urbana de «El Olivar» de Castulo. En cuanto a los materiales de construcción empleados existen dos grupos, aquellos que son de carácter perecedero y los materiales inorgánicos. En concreto las paredes hasta una determinada altura, aproxima-

damente 0,40 a 0,60 m. son de piedra sin labrar, tendiendo a emplearse las planas, unidas con argamasa. Sobre este zócalo se alzarían paredes, bien de varas entrecruzadas reforzadas con mezcla de adobe, piedra y paja para temperar el barro con el que se enlucían, bien simplemente de adobes. Que las viviendas estaban levantadas empleando tales materiales lo prueba de cantidad de arcilla que se encuentra esparcida alrededor de los zócalos de piedra, producto del derrumbe de los alzados. Las cubiertas pueden haber sido construidas con ramas secas y otras fibras vegetales, también mezcladas con barro, sobre un entramado de viguetas o palos y apoyadas en los muros y en postes, al menos uno central había, que encajaba en una gran piedra con profundo orificio circular en el centro. El modelo de techumbre no se puede precisar aunque en última instancia cabría decir que sería la consecuencia de una adaptación al medio ambiente.

Debió existir una restringida gama de edificios y todos de pequeño tamaño con variaciones apenas sustanciales que afectaban a la forma y al tamaño, aunque no parece que a los materiales de construcción. En las variaciones podían estar implicados aspectos puramente ambientales o de riqueza y prestigio y otros íntimamente ligados a las diferencias impuestas por el sistema social en vigor. Nada puede decirse de la distribución de las clases sociales en el casco de la población y de una posible división por barrios. Tanto en Giribaile como en Vadollano hay al lado de relativamente amplias edificaciones rectangulares, cuyos lados largos miden alrededor de 10 m., otras pequeñas de 4 x 3 m., junto a otras circulares de 3,50 a 4 m. de diámetro. Es posible no obstante que por afinidad de oficios que puede conllevar semejante modo de vida, tendiesen a agruparse en una misma zona las familias pertenecientes a uno determinado.

Por lo que respecta a la pervivencia de la casa redonda en Giribaile y Vadollano, en Castulo no sabemos si este fenómeno existe, pensamos que en el supuesto que viviendas redondas y cuadradas y rectangulares sean coetáneas, puede deberse, en el caso de las primeras, a una pervivencia de la vieja herencia neolítica de origen mediterráneo, completamente extraña a las invasiones<sup>24</sup>. La planta redonda que es común en la Península desde época neolítica y durante toda la Edad del Bronce, incluso en su fase más tardía<sup>25</sup>, sencillamente puede constituir en estos castros de la Alta Andalucía un testimonio arcaico de las primitivas tradiciones, aunque por otra parte se nos hace muy difícil aceptarlo para unos pueblos que se hallaban en contacto continuo con las ideas renovadoras que aportaba el comercio con los mercados orientales, aunque cabe también esta excepción. De todas maneras, la incógnita del porqué de estas casas circulares en Giribaile ibérico, en Vadollano están más frecuentemente asociadas a materiales del Bronce III y Final, es un tema que ha de dilucidar una excavación arqueológica sistemática extensiva.

<sup>22</sup> E.R. SERVICE: *Los orígenes del Estado*, pág. 82.

<sup>23</sup> Las coordenadas geográficas de Vadollano son: 38° 08' 37" Norte, 3° 32' 42" Oeste, hoja 905, Linares, del mapa 1:50.000 del Instituto Geográfico Catastral. Sobre el poblamiento en la zona véase J.M. BLÁZQUEZ, M.P. GARCÍA-GELABERT, Castulo (Jaén): ensayo de análisis ambiental, *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán*, Zaragoza 1986, p. 657-665. Los castros de Giribaile, Vadollado y Castulo debían de estar comunicados ópticamente entre sí, quizá por medio de hogueras, ya que de unos a otros hay perfecta visibilidad.

<sup>24</sup> A. GARCÍA Y BELLIDO: *Urbanística de las grandes ciudades del mundo antiguo*, Madrid, 1985 (2.ª ed.), pág. 353.

<sup>25</sup> A. GARCÍA Y BELLIDO: *Urbanística de las grandes ciudades*, pág. 333.

El origen mediterráneo primero es el que, como A. García y Bellido<sup>26</sup>, propugna P. Palol<sup>27</sup>, para las casas circulares de las fases I y II del Soto de Medinilla (Valladolid). En Soto las casas son de adobe totalmente; y se fecha en torno al 800-750 a. C. la fase Soto I, mientras que el tránsito entre Soto I y Soto II se da hacia el 650 a. C.<sup>28</sup>. Estas casas según F. Romero<sup>29</sup>, podrían enlazarse con las campaniformes del Cerro de la Virgen de Orce (Granada) y con las más tardías (Bronce Final) del Cerro del Real en Galera (Granada) a través de ciertas estructuras similares extremeñas. De ser así no es extraño pues, que esta tradición constructiva indígena se siga hallando en el castro de Giribaile que por otra parte no muestra un proceso muy evolutivo en su desarrollo.

El urbanismo en Giribaile y Vadollano apenas existe, las calles, si es que puede denominarse así a cortas travesías muy irregulares, están sometidas a un instintivo trazado urbanístico no proyectado con anterioridad a la construcción de las viviendas. Más bien éstas se levantan según la conveniencia del terreno. No obstante, algunas calles parecen estar pavimentadas con pequeños guijarros de río, alargados<sup>30</sup>, si según la prospección superficial llevada a cabo, efectivamente se trata de un espacio exterior a las viviendas. Los guijarros de estos pavimentos, más o menos de las mismas proporciones, están colocados de canto y formando un dibujo de espiga (Fig. 3). Este cuidadoso tratamiento de los suelos impulsa a inferir que estamos ante una concepción del espacio público más elaborada de lo que a simple vista cabe esperar, aún así mantenemos ciertas reservas hasta no comprobar si efectivamente se trata de calles empedradas, el estado actual de los conocimientos respecto al castro no incita a hacer suposiciones expuestas. Únicamente hay un hecho, la presencia de estos pavimentos que se repiten con idéntica técnica constructiva y materia prima en pavimentos que se han estudiado en el templo de la Muela de Castulo<sup>31</sup>, en las necrópolis del Estacar de Robarinas, de Baños de la Muela y túmulo de los Higueros, también de Castulo<sup>32</sup>, así como en la necrópolis cercana de Castellones de Ceal<sup>33</sup> y en el más alejado monumento funerario de Pozo Moro, en Albacete<sup>34</sup>.

Por lo que respecta al sistema de amurallamiento, tanto Giribaile como Vadollano como Castulo estuvieron amurallados en época prerromana y posteriormente Giribaile y Castulo en la romana. En relación con las murallas de Castulo, que han llegado a nuestros días, existe una inscripción dedicada a Quinto Torio Culeón, numerosas veces aludida en nuestros estudios. Entre las obras que esta inscripción atribuye al procurador augustal de la Bética figura la restauración que costeó de los muros que rodeaban la ciudad, envejecidos por la acción del tiempo. R. Contreras<sup>35</sup> en la expresión «*vetustate*» ve un doble concepto: que las murallas ya en tiempos del procurador eran muy antiguas y que esa antigüedad era precisamente la causa de su mal estado, necesitando por tanto la reparación. Esto confirmaría en cierto modo que el origen del recinto amurallado era de época antigua y muy probablemente ibérico cuando ya en el s. I, fecha a la que se atribuye la inscripción, se encontraba en ruinas. No obstante Pflaum<sup>36</sup> opina que la inscripción es del s. III y Duncan-Jones<sup>37</sup> entre los años 120 y 160. En términos generales si la muralla que restauró Q. Torio Culeón es la que se ve actualmente no puede ser más que del Bajo Imperio a juzgar por el aparejo, aunque se asiente sobre otra prerromana. Esta se reduce a escasos fragmentos de lienzo de muralla en la zona NE que enlazan con unos torreones



Fig. 3. Detalle de pavimento de Giribaile.

<sup>26</sup> Vid. supra nota 24.

<sup>27</sup> P. PALOL, F. WATTENBERG: *Carta arqueológica de España*. Valladolid, Valladolid, 1974, pág. 193.

<sup>28</sup> P. PALOL, F. WATTENBERG: *Carta arqueológica*, pág. 192.

<sup>29</sup> G. DELIBES, J. FERNÁNDEZ, F. ROMERO, R. MARTIN: *Historia de Castilla y León. La Prehistoria del Valle del Duero*, T.I, Valladolid, 1985, pág. 95.

<sup>30</sup> Cfr. D. SALZMANN: *Untersuchungen zu den antiken kieselmosaiken*, Berlin, 1982.

<sup>31</sup> J.M. BLÁZQUEZ, J. VALIENTE, Castulo III, pág. 20 ss.; J.M. BLÁZQUEZ, M.P. GARCÍA-GELABERT, F. LÓPEZ PARDO, Castulo V, pág. 237 ss.

<sup>32</sup> Para el Estacar de Robarinas véase: especialmente M.P. GARCÍA-GELABERT, *La necrópolis del Estacar de Robarinas: Ritos y creencias*, Madrid 1987 (Tesis doctoral), así como J.M. BLÁZQUEZ, J. REMESAL. La necrópolis del Estacar de Robarinas, en J.M. BLÁZQUEZ, Castulo II, págs. 347-404; J.M. BLÁZQUEZ, M.P. GARCÍA-GELABERT, Castulo VI. Para Baños de la Muela, J.M. BLÁZQUEZ, Castulo I, págs. 123-217. Para el túmulo de los Higueros, J.R. SÁNCHEZ MESEGUER, Los Higueros, en J.M. BLÁZQUEZ Castulo II, págs. 416-429.

Bibliografía sobre los pavimentos de cantos rodados: J.M. BLÁZQUEZ, M.P. GARCÍA-GELABERT, Pavimentos de cantos rodados en Castulo, *Arqueología* 51, 1985, págs. 13-22; id, Consideraciones en torno a los mosaicos de cantos rodados de Castulo, Jaén, *Mesa redonda hispano-francesa sobre mosaicos romanos en España*, abril, 1985 (en prensa); id, The sanctuary of «La Muela» (Castulo, Jaén). One of the joints of the oldest pebbles mosaics in the Spain, *Antiquity* (en prensa). Tratan genéricamente los mosaicos de cantos rodados de La Muela, D. FERNÁNDEZ-GALIANO, J. VALIENTE, Origen de los pavimentos hispanos de guijarros, *Homenaje a Martín Almagro Basch*, Madrid, 1984, págs. 21-45. D. FERNÁNDEZ-GALIANO, New light on the origins of floor mosaics, *The Antiquaries Journal*, 62, 1982, págs. 235-244; id, Influencias orientales en la musivaria hispánica, III *Colloquio internazionale sul mosaico antico* (Ravenna 1980), 1984, págs. 411-430.

<sup>33</sup> C. FERNÁNDEZ-CHICARRO: Prospección arqueológica en los términos de Hinojares y La Guardia, Jaén, *BIEG* 7, 1956, págs. 117-119.

<sup>34</sup> M. ALMAGRO-GORBEA: Pozo Moro, el monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica, *MM*, 24, págs. 177-293, especialmente pág. 189 ss. Sobre la bibliografía relativa a Pozo Moro véase nota 2 de la publicación citada.

<sup>35</sup> Un gran bienhechor de Castulo: Quinto Torio Culeón, *Oretania* 20 1965, pág. 63 ss.

<sup>36</sup> La part prise par les chevaliers romains originaires d'Espagne a l'administration impériale en *Les empereurs romains d'Espagne*, París 1965 pág. 113.

<sup>37</sup> The procurator as civic benefactor, *JRS* 64, 1974, pág. 79 ss.

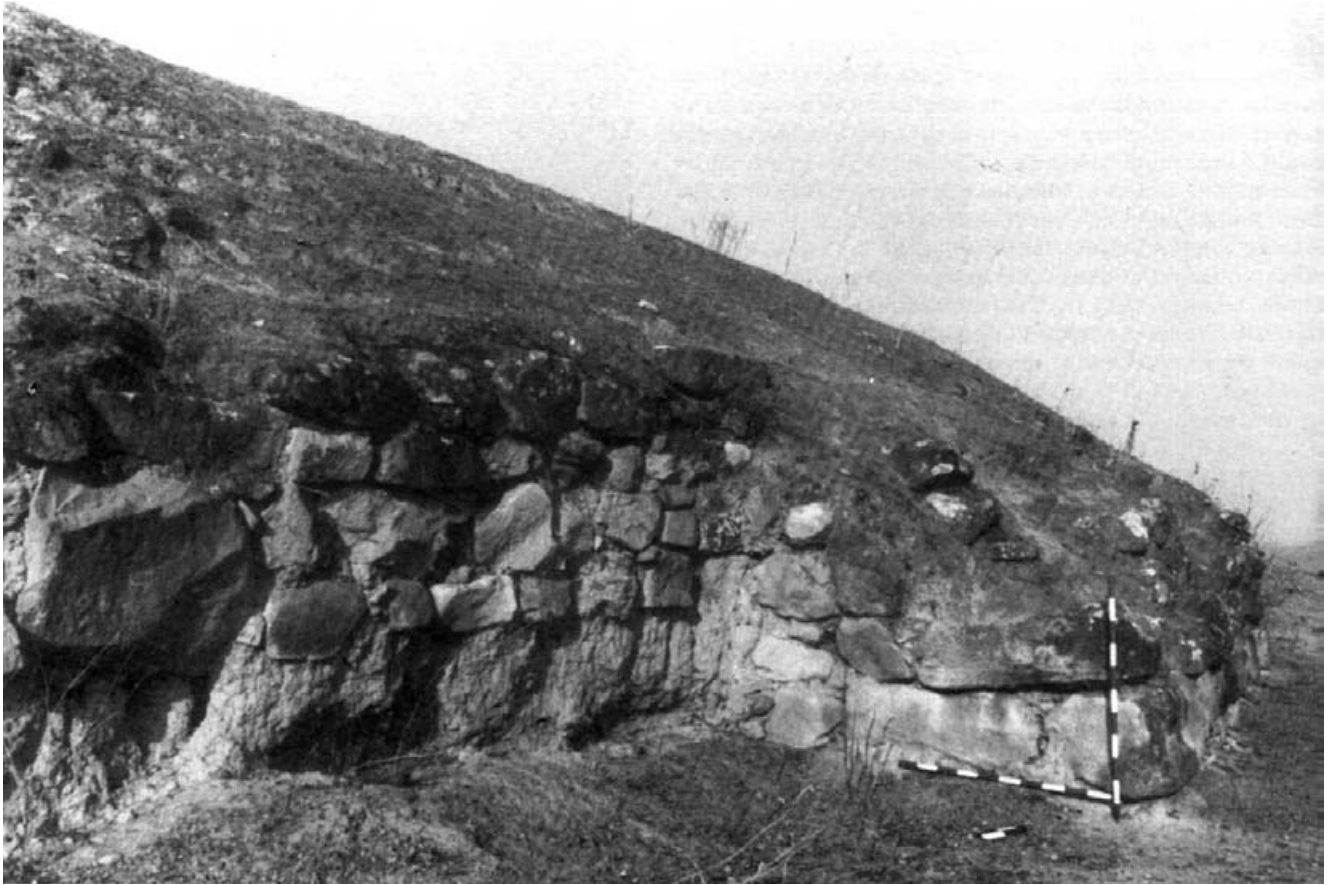


Fig. 4. Torreón de la muralla de Castulo.

cuadrados (Figs. 4-5)<sup>38</sup>. La piedra, apenas desbastada, se encuentra unida con argamasa. Los sillares rectangulares miden por término medio 0,80 m. de largo y 0,40 m. de ancho. Tanto la construcción como la piedra empleada en esta época prerromana es diferente del aparejo de traza romana: sillares de tamaño mediano sin apenas mortero en las uniones. El aparejo es desigual y no forma casi nunca hiladas regulares, no observándose tampoco en la mayoría de los lienzos descubiertos los fundamentos que probablemente están constituidos por sillares de mayores dimensiones. Aún así en algún lugar puede apreciarse algún aparejo si no ciclópeo al menos de mayor tamaño que el normalmente usado. La diversidad de aparejos se debe al fenómeno de reutilización de materiales de culturas anteriores, hecho que se observa frecuentemente en las construcciones de Castulo. Los restos de muralla prerromana que podemos observar en Giribaile y Vadollano, construidos especialmente en los lugares más vulnerables, están formados por lienzos muy derruidos, los que aún se hallan en pie muestran una construcción descuidada, la piedra mediana en Giribaile, de grandes dimensiones en Vadollano, esrá unida en seco. El ancho de las murallas en ambos castros oscila entre 3, 4 y 5 m. A trechos se observan amontonamientos de piedra que parecen corresponderse con cubos o torreones derruidos.

Examinadas superficialmente las particularidades del caserío ibérico de Castulo a través de los modelos de Giribaile



Fig. 5. Detalle del paramento.

<sup>38</sup> J. FORTEA y J. BERNIER: *Recintos y fortificaciones ibéricas en la Bética*, Salamanca 1970, pág. 233 ss.



# Antigua

Historia y Arqueología de las civilizaciones

MIGUEL D  
CERVANTES



## **El iberismo en la ciudad de Castulo** **José María Blázquez Martínez; M.<sup>a</sup> Paz** **García-Gelabert**

**Antigua: Historia y Arqueología de las civilizaciones** [Web]



Página mantenida por el Taller Digital

[Publicado previamente en: *Coloquio Los asentamientos ibéricos ante la romanización*; 27-28 febrero 1986, Madrid, Ministerio de Cultura, 1987, 43-54 (también en J.M.<sup>a</sup> Blázquez – M.<sup>a</sup> P. García-Gelabert, *Castulo, ciudad ibero-romana*, Madrid 1994, 131-162). Editado aquí en versión digital por cortesía de los autores, con la paginación original].

## El iberismo en la ciudad de Castulo

José María Blázquez Martínez  
María Paz García-Gelabert

Las investigaciones en torno a comunidades protohistóricas más o menos nucleadas y sus correspondientes unidades de habitación han adquirido una gran importancia en el campo de la arqueología durante los últimos años, sobre todo a partir de la adopción del sistema de patrones de asentamiento<sup>1</sup>. A pesar de ello la mayor parte de los investigadores han descrito series de dependencias aisladas, casas o servicios, tales como alfares, molinos, talleres metalúrgicos, santuarios, necrópolis, conforme se presentan en excavación, es decir, datos aislados a los que se ha tratado de relacionar con la problemática del centro al que están ligados.

Dada la escasez de noticias sobre las viviendas de la Alta Andalucía durante el período ibérico resulta difícil establecer un patrón que las defina aunque sí nos permite, en líneas generales y siempre jugando con un amplio margen de error, exponer determinadas constantes que las caracterizan: creemos mantuvieron una alta homogeneidad, tanto en la forma como en lo que se refiere a materiales y sistemas de construcción. El pueblo llano fue y es eminentemente conservador y sobre todo carece de la mentalidad y los recursos necesarios para permitirse edificar amplias viviendas que implican un alto coste de energías que ha de emplear en procurarse la subsistencia, si presuponemos que la economía dominante se basa en el autoabastecimiento. Excepcionalmente las clases altas adineradas de la estratificada sociedad ibérica pueden construir con una cierta variación, de hecho la misma, en ocasiones, ha podido sugerir al arqueólogo esta estratificación.

Un medio particularmente rico como el que estuvo enclavada la ciudad de Castulo<sup>2</sup>, puede hacer posible la producción de excedente alimentario. Con ello aparecen artesanos especializados a tiempo completo, así como clases militares, religiosas y políticas, en fin, los componentes de una socie-

dad jerarquizada. En general la fuerza de un excedente en la subsistencia es el punto clave para subsiguientes evoluciones socio-económicas<sup>3</sup>. Aunque en Castulo no se hace evidente, de momento, en los datos arqueológicos, un avance

---

<sup>1</sup> En las últimas décadas prestigiosos autores han aplicado el método de patrones de asentamiento a sus estudios. Cabe destacar a R.E. BLANTON, S. BORHEGYI, W. BULLARD, P.J. CLARK, D. CLARKE, K.C. CHANO, F.C. EVANS, K. FLANNERY, J.A. FORD, J.B. GRIFFIN, E.S. HIGGS, S. MILES, J.R. PARSONS, P. PHILLIPS, B. PRICE, W.T. SANDERS, B. VOORHIES, C. VITA-FINZI y G. WILLEY. Algunas publicaciones sobresalientes son: R.E. BLANTON, Prehistoric settlement patterns of the Ixtapalapa peninsula region, México, *Occasional Papers in Anthropology* 6, Pennsylvania State University, 1972. S. BOREHGYI, Settlement patterns of the Guatemala highlands, *Handbook of the Middle American Indians*, vol. 2, págs. 59-75, 1965. W. BULLARD, Maya settlement patterns in northeastern Peten, Guatemala, *American Antiquity*, vol. 25, 3, págs. 365-372, 1960. K. FLANNERY (Ed.), *The early Mesoamerican village*, Studies in Archeology, New York, 1976. Intervienen en la publicación reputados investigadores como S. PLOG, M.C. WINTER, A. ZARKY, J. PIRES-FERREIRA, J. MARCUS y otros, cuyos postulados, aunque relativos a Mesoamérica son susceptibles de aplicación a la prehistoria y protohistoria peninsular. Para cálculos de población e investigación de asentamientos. S. MILES, Maya settlement patterns, *Southwest Journal of Anthropology*, 13, págs. 239-248, 1957. J.R. PARSONS, Archaeological settlement patterns, *Annual Review of Anthropology*, 1, págs. 127-150, 1972. G. WILLEY, Prehistoric settlement patterns in the Viru Valley, Perú, *Bureau of American Ethnology*, Bul. 155, 1953. I. HODDER, C. ORTON, *Spatial analysis in archaeology*, Cambridge University Press, Cambridge, London, 1976. Véase también: *Arqueología Espacial. Coloquio sobre distribución. y relaciones entre los asentamientos*, 6 tomos, Teruel, 1984.

<sup>2</sup> Dentro de la bibliografía sobre Castulo puede verse: J.M. BLÁZQUEZ, Castulo I, *AAH* 8, 1975; id, Castulo II, *EAE* 105, 1979; J.M. BLÁZQUEZ, J. VALIENTE, Castulo III, *EAE* 117, 1981; J.M. BLÁZQUEZ, R. CONTRERAS, J.J. URRUELA, Castulo IV, *EAE* 131, 1984; J.M. BLÁZQUEZ, M.P. GARCÍA-GELABERT, F. LÓPEZ PARDO, Castulo V, *EAE* 140, 1985.

<sup>3</sup> E.R. SERVICE: *Los orígenes del Estado y de la Civilización*, Madrid 1975, pág. 213 ss.

en las técnicas agrícolas como podrían ser los sistemas de riego básico, su cercanía a las minas y el poderío económico que ello representa bien pudo paliar la carencia de especialización agrícola. Mas antes de introducirnos en la problemática que conlleva el tema conviene definir y esbozar una breve reseña histórica del territorio sobre el que se va a centrar el estudio que nos ocupa.

Los restos materiales de Castulo se encuentran a 5 Km. de Linares (Jaén) por la carretera de Torreblascopedro, en la margen derecha del Guadalimar. En su emplazamiento hay un buen dominio estratégico, abundancia de agua, veneros de almagra, vetas de arcilla, proximidad a los yacimientos mineros (cobre, plata, etc.), fáciles comunicaciones terrestres y fluviales hacia el Bajo Guadalquivir, Levante, Sureste y la Meseta, y fértiles tierras.

La ciudad iberorromana de la Tarraconense, limítrofe ya con la Bética, fue a menudo reflejada en las fuentes literario geográficas griegas y latinas que alaban especialmente su riqueza metalúrgica y que precisamente por ello y quizá también por su posición estratégica que controlaba numerosas vías comerciales, pronto pasó a ser lugar codiciado primero por los bárquidas y más adelante por los romanos. La temprana intrusión de estos pueblos abocó lógicamente al deterioro y paulatina desaparición de la infraestructura y superestructura autóctona, aunque a decir verdad no creemos que el espíritu indígena fuese totalmente absorbido por la máquina de la romanización. La civilización ibérica hunde demasiado fuertemente sus raíces en el tiempo como para ser arrancada radicalmente. Un pálido ejemplo puede referirse a las numerosas piezas de plata y oro ocultas por sus propietarios iberos durante las campañas de ocupación, expediciones de castigo o ante el peligro de razzias. En estos tesoros suelen conjugarse los elementos tradicionales estilísticos y las nuevas aportaciones helenísticas<sup>4</sup>.

La ciudad era ya importante en época de Aníbal. Livio (24,41) la describe en los siguientes términos refiriéndose a los sucesos de los años 214-212 a. C. «*Castulo, urbs Hispaniae valida ac nobilis et adeo coniuncta societate Poenis ut uxor inde Hannibali esset, ad Romanos defecti*». Los dos adjetivos con que el historiador latino califica a la ciudad indican su importancia ya en el comienzo de la conquista romana. Livio añade un dato interesante para la historia económica y socio-cultural de Castulo, que era adicta al partido cartaginés hasta el punto de que Aníbal casó con una mujer de la ciudad, probablemente hija de un aristócrata o guerrero influyente con el que interesaba sellar su amistad mediante vínculos de sangre. Tal inclinación de los púnicos lleva implícita obviamente un amplio comercio basado en el trueque de metales, primero explotados por los castulonenses, según la afirmación de Diodoro (V, 36-38) de que los iberos explotaban minas que les producían ganancias espléndidas. Más adelante es probable que los derechos de explotación fuesen cedidos a los cartagineses a través de un convenio o simplemente por la fuerza de las armas.

La ciudad desde siglos atrás debió mantener un comercio muy activo. En pleno siglo VI a. C. tratarían con los fenicios interesados principalmente en obtener plata de Tartessos (Diodoro 35, 3) y después con los griegos que venían a Turdetania en busca de plata (Her, I 163, IV 152). La riqueza en plata de la región de Castulo explica también el que el ejército romano al año siguiente de desembarcar en Hispania bajase hasta la sierra de Castulo (Livio 33, 20, 12). Se trataba de apoderarse de una de las regiones mineras más

ricas, con lo que se quitaba una de las principales bases de aprovisionamiento del ejército cartaginés. Los romanos explotaban desde el primer momento las riquezas mineras como lo indica el libro I, 8, 3 de los Macabeos que da como razón de la conquista de Hispania la necesidad de explotar sus riquezas mineras.

A consecuencia de lo expuesto Roma tuvo especial interés en que la zona fuera conquistada prontamente. Por ello sufrió numerosas vicisitudes que arruinaron la ciudad primitiva, sobre cuyos cimientos se levantaron los edificios públicos y las casas particulares romanas. Se conocen algunos acontecimientos que tienen como marco la ciudad durante la segunda guerra púnica: en el año 214 a. C. pasó Castulo a los romanos (App. *Ib.* 16; Liv. 14, 41, 7) pero después de la muerte de los Escipiones volvió de nuevo a poder de los púnicos (Liv. 28, 19, 1-2). En Castulo venció el joven P. Escipión a un ejército cartaginés que se encontraba a las órdenes de Magón (Liv. 26, 20, 6) y el mismo general en el año 208 a. C. según Polibio (10, 38, 7) «acampaba en las proximidades de Castulo, cerca de la ciudad de Baecula y no lejos de las minas de plata». La famosa y trascendental batalla de Baecula que fue la clave de la conquista de Andalucía se dio cerca de la ciudad castulonense (Liv. 27, 20, 3; 28, 13, 4. Pol. 9, 20, 5).

En el 206 a. C. Escipión se apoderó de Castulo. El general había mandado venir de Tarragona a L. Marcio y le envió a asediar Castulo con una tercera parte de las tropas, mientras él con el resto del ejército tomaba Ilturgi, donde según la realista descripción de Livio (28, 20) hicieron los romanos una atroz carnicería. De allí Escipión condujo el ejército a Castulo, ciudad que estaba defendida por los iberos y por los restos del ejército cartaginés procedentes de la desbandada, mandados por Himilcón. En la ciudad y ante la noticia de lo sucedido en Ilturgi, que precedió a la llegada de Escipión, surgió una división de los defensores, pues los iberos aconsejados por Cerdubelo eran partidarios de la rendición, como la realizó este caudillo mediante un pacto secreto con los romanos, entregando la ciudad y a los cartagineses. Conviene hacer un inciso en la enumeración de estos episodios bélicos para indicar que el nombre de Cerdubelo, típicamente celta prueba la importancia de este elemento en la Turdetania como lo significan otras fuentes (Str. III, 2, 15) y los nombres celtas de las monedas de Obulco y la misma familia de Séneca que es de ascendencia céltica según la tesis de A. Tovar<sup>5</sup>. Ello asimismo se refuerza con determinados motivos de raíz celta que aparecen en los diseños de ciertos elementos arquitectónicos y de orfebrería, que más adelante tratamos.

Entre los años 98 y 94 a. C. el pretor Didio inverna en Castulo siguiendo la costumbre de los generales romanos que participaron en las guerras lusitanas y celtibéricas de invernar en Turdetania y en Carpetania (Plut. *Sert.* 3). Le acompañó Señorío que era por entonces tribuno militar de Didio. Durante la estancia en Castulo de Sertorio con las tropas del pretor, ocurrió el sangriento suceso de los castulonenses alia-

<sup>4</sup> Sobre tesoros indígenas en los que se aúnan técnicas y elementos estilísticos tradicionales y los aportados por el arte de los conquistadores, J.M. BLÁZQUEZ, M.P. GARCIA-GELABERT: *Ei final del mundo ibérico en la Bética, I Jornadas Arqueológicas sobre el Mundo Ibérico, Jaén 1985* (en prensa).

<sup>5</sup> Estudio sobre las primitivas lenguas hispánicas, *Zephyrus* 3, 1952, pág. 219 ss.

dos de los girisenos y gurisinos que con tanto detalle describe Plutarco, que le valió a Sertorio la corona gramínea<sup>6</sup>. Probablemente la ciudad a la que pidió ayuda Castulo sea Giribaile, nombre que recibe en la actualidad un alto cerro a poca distancia de Linares<sup>7</sup>, en el que existe un vasto yacimiento arqueológico que se remonta a los primeros momentos del Bronce al menos, y en el cual, a consecuencia de su extraordinaria situación estratégica, se ha sucedido el poblamiento hasta incluso época árabe, al igual que ocurre en Castulo.

Durante la guerra civil Petreyo contaba con dos legiones para defender la provincia Ulterior desde la sierra de Castulo hasta el río Guadiana (BIC, 38). Igualmente en el período de la guerra civil en la región de Castulo anidaban los bandoleros que interrumpían el correo con Roma<sup>8</sup>.

De los hechos bélicos citados en relación con Castulo se deduce que ésta no se vio especialmente afectada ya que no fue sometida a largos cercos o cruentas batallas que arruinaran el caserío ibérico. Otra fue sin duda la causa de su temprana desaparición, la intensa explotación y colonización a que se vio sometida la Península conforme iba siendo conquistada y especialmente los centros mineros. Durante los primeros tiempos de la conquista romana de Hispania hacia el 179 a. C. la explotación de las minas hispanas pasó a las compañías de públicanos, lo que motivó una fuerte corriente migratoria de itálicos. Desde el s. II a. C. efectivamente el Estado Romano había transferido al dominio público las propiedades de los bárquidas y especialmente las salinas y las minas. Diodoro que como vimos alude a la riqueza de Hispania en metales (V, 36-38) señala el extremo citado, es decir, cómo la Península estuvo sometida a una gigantesca colonización itálica. Ella fue pues un factor importante en la romanización y subsecuente cambio de civilización de los pueblos autóctonos. Ha sido Rostovtzeff y más recientemente Menéndez Pidal<sup>10</sup> y Gabba<sup>11</sup> los que han llamado la atención, siguiendo a Diodoro, sobre las migraciones itálicas y su incidencia en las zonas mineras peninsulares entre las que se encuentra Castulo. Parece lógico que desde la toma de contacto con el área y previa descalificación de los bárquidas, los conquistadores romanos poblaron en función de la explotación de las minas, la zona de Castulo en cuyas proximidades se encontraba la sierra de la plata (Str. III, 148)<sup>12</sup>. Se podría establecer un paralelismo con lo ocurrido en la mina de plomo argentífero de la Loba, perteneciente al término de Fuenteovejuna (Córdoba). La mina, situada en un cerro de granito de mediana elevación, fue explotada en busca de cobre en el segundo milenio a. C., a comienzos de la Edad del Bronce, su campamento se encontraba en un altozano fácilmente defendible. Frente a él, en uno de mayores proporciones, se asienta un poblado minero de fecha posterior aunque sin determinar todavía, según parece debe datarse en época inmediatamente prerromana<sup>13</sup>. Los romanos explotaron intensivamente la mina, tres grandes filones, dos de ellos a cielo abierto, empleando un considerable número de esclavos. En los almacenes de la mina se ha hallado gran cantidad de campaniense B, importada directamente de Italia. También numerosas ánforas contenedoras de vinos y aceite, uno de cuyos modelos procede de la región de Brindisi. En la zona aparecieron incluso algunas monedas de Castulo, lo que parece implicar una interrelación entre los cotos mineros desde época republicana, aproximadamente a fines de s. II a. C. Similar tipo de explotación se dio en Castulo. Allí negociaba la *Societas Castulonensis*, en la explotación mi-

nera del Centenillo —s. I a. C. y tres siglos más—<sup>14</sup> se recobraron más de 100 sellos de plomo con la inscripción C.S. o S.C. que se interpreta como *Societas Castulonensis*. Esta debió controlar y explotar todas las minas de la región con similares características de producción a las de la Loba. Este tipo de *Societas* estaba integrada por *negotiatores* procedentes de Italia según las afirmaciones de Polibio (Diod. V, 36, 3) y de Posidonio (Diod. V, 38, 9), que se afincaban en Hispania, se enriquecían y empleaban parte de sus ganancias en Italia y parte en terrenos agrícolas hispanos, posiblemente del área territorial, en que establecían su residencia. Como el laboreo en las minas de Sierra Morena debió sufrir un colapso con la guerra civil<sup>15</sup> entre los años 49 y 45 a. C., según lo indica el hecho de que en la mina de el Centenillo no se volviera a trabajar hasta la segunda mitad del s. I, se ha pensado que los *negotiatores* en este intervalo de tiempo debieron invertir en las explotaciones agrícolas, lo que viene a potenciar con mayor fuerza la temprana romanización de la región.

Durante la campaña de excavación arqueológica realizada por nosotros en octubre-noviembre 1985 en la villa bajoimperial de «El Olivar» (Fig. 1), situada en la zona central de la ciudad, se ha podido comprobar cómo a los restos materiales indígenas se superponen las estructuras romanas. En el estrato III del sondeo A3 (Fig. 2) se han hallado evidencias de que debajo de una serie de estancias y pavimentos superpuestos romanos existía el *oppidum* prerromano. Un caso similar se da en la ciudad romana de Itálica según ha verificado M. Pellicer en el corte estratigráfico de la casa de la Venus<sup>16</sup>, donde el estrato I proporciona materiales de fines del s. IV al tercer cuarto del S. III a. C. y el estrato II del s. III a principios del s. II a. C. Ello viene a demostrar que el poblado indígena se remonta al menos un siglo antes

<sup>6</sup> R. CONTRERAS: Sertorio en Castulo, *Linares* 50, pág. 5 ss.

<sup>7</sup> Las coordenadas geográficas del asentamiento de Giribaile son 38° 07' 13" Norte, 3° 29' 03" Oeste, hoja 906, Úbeda, del mapa 1:50.000 del Instituto Geográfico Catastral.

<sup>8</sup> R. CONTRERAS: Bandolerismo hispano y guerra civil en el Salto Castulonense en el año 43 a.C., *Oretania* 4, pág. 76 ss.

<sup>9</sup> *Historia social y económica del Imperio Romano*, Madrid 1937, pág. 72.

<sup>10</sup> Colonización suritálica de España, según testimonios toponímicos e inscripciones, *ELH*, 1, LIX ss.

<sup>11</sup> Le origini della Guerra Sociale e la vita politica romana dopo 189 a. C. Sull'emigrazione romano-italica in Spagna nell II sec. a.C., *Athenaeum* 32, 1954, pág. 297 ss. A. TOVAR: *Latín de Hispania: aspectos léxicos de la romanización*, Madrid, 1968.

<sup>12</sup> R. CONTRERAS: El verdadero sentido de los textos clásicos relativos al Monte de la Plata, *Oretania* 22, 1966, pág. 165 ss. Entre la bibliografía sobre las minas de Castulo y su entorno puede consultarse: R. CONTRERAS: Precintos de plomo en las minas hispanorromanas de El Centenillo, *Oretania* 6, 1960, pág. 272 ss.; C. DOMERGUE, G. TAMAIN: Note sur le district minier de Linares-La Carolina (Jaén, Espagne) dans l'Antiquité, *Mélanges de préhistoire, archéocivilisation et ethnologie offerts à V. Varagnac*, París 1971, pág. 199 ss; Id, El Cerro del Plomo, mina El Centenillo (Jaén), *NAH* 16, 1971, pág. 265 ss.

<sup>13</sup> J.M. BLÁZQUEZ: Poblado de esclavos mineros en Fuenteovejuna, *Arqueología* 3, 1980, pág. 9. Véase también del mismo autor, *Economía de la Hispania Romana*, Bilbao 1978, pág. 253 ss.; *Historia económica de la Hispania romana*, Madrid, 1978, pág. 21 ss. C. DOMERGUE: Les Planii et leur activité industrielle en Espagne sous la République, *M.C.V.*, 1, 1965, pág. 9 ss.

<sup>14</sup> G.F. HILL: Coins from the Neigh-Gourhood of a Roman Mine in Southern Spain, *JRS* 1, 1911, pág. 100 ss.

<sup>15</sup> C. DOMERGUE: Rapports entre la zone minière de la Sierra Morena et la plaine agricole du Guadalquivir a l'époque romaine, *MCV* 8, 1972, pág. 619 ss.

<sup>16</sup> Corte estratigráfico de la casa de la Venus, en Itálica, *EAE* 121, 1982, pág. 18.



Fig. 1. Villa tardo romana de «El Olivar» Castulo.

de la llegada de los romanos<sup>17</sup>. En nuestro yacimiento por la proximidad temporal de la excavación el material aún no se ha estudiado formalmente, mas un contacto superficial (lavado, siglado, dibujo) proporciona en el estrato III un horizonte plenamente ibérico que se refleja en las cerámicas, consistentes en ollas globulares con el borde vuelto redondeado, vasos de paredes rectas, platos y fuentes abiertas, de pastas claras depuradas y bien trabajadas y superficies decoradas con motivos geométricos simples: bandas horizontales paralelas al borde, ondas, semicírculos/círculos concéntricos, líneas quebradas, generalmente trazados con tierras rojizas. Hay también cerámica de cocina, ollas, orzas, cuencos y platos, de pastas toscas, pardas, cocidas a fuego reductor, pervivencia de la técnica empleada durante la Edad del Bronce. Toda esta cerámica parece asociarse con un muro transversal construido con piedra aristada mediana, que se introduce en el perfil Oeste. Aunque es prematuro aventurar hipótesis, parece que el muro limita un recinto de habitación, a juzgar por el suelo de arcilla endurecida en la que se integran vegetales carbonizados, huesos de animales y restos metálicos. El estrato III no quedó concluido a consecuencia de que era sumamente costoso el trabajo en un lugar tan profundo y estrecho. Por falta material de tiempo no se pudo ampliar, aunque se tiene previsto para la campaña de 1987 realizar tal ampliación hacia el Oeste, con la finalidad de seguir profundizando holgadamente para tratar de aislar las posibles estructuras indígenas. El estrato II contenía cerámica presigillata, italogriega, fragmentos de campaniense B, cerámica ibérica pintada que parece reflejar el momento de instrucción

de la cultura romana. Esta, como más arriba hemos apuntado, no llegó a ser asimilada íntegramente por parte de los primitivos habitantes iberos, en todo momento es posible observar cómo en la cultura material el espíritu primitivo de los iberos romanizados aflora. Aún a mediados del s. I la cerámica acusa este fenómeno como es el caso de una urna encontrada cercana a la muralla y asociada con sigillata estampillada y común romana, la cual muestra unas acentuadas pervivencias de la cerámica tradicional ibérica<sup>18</sup>.

En prospección superficial se han hallado restos de muros francamente asociados con cerámica ibérica del s. IV a. C., en la zona amesetada y especialmente en las laderas Sur y Oeste del cerro de la Muela. La mayor presencia en las laderas no ha de extrañar teniendo en cuenta que el arrastre de tierras por la erosión facilita el descubrimiento de estructuras en terreno inclinado. Estas paredes compuestas de piedra desigual tanto en tamaño como en forma, unidas con una leve capa de argamasa, podrían delimitar espacios rectangulares, dada su longitud, aunque no se ha podido aclarar este extremo a falta de excavaciones. Los muros se encuentran en numerosos puntos, cuya distribución en plano ofrece un cuadro urbanístico muy irregular. Las viviendas debieron aglomerarse primitivamente en los lugares llanos

<sup>17</sup> P. LEÓN: Itálica. Problemática de la superposición de Santiponce al yacimiento, en *Arqueología de las ciudades modernas superpuestas a las antiguas* (Zaragoza, 1983), Madrid, 1985, pág. 218 ss.

<sup>18</sup> J.M. BLÁZQUEZ, P. FERNÁNDEZ URIEL: Urna oretana en la muralla de Castulo, *Zephyrus*, 1974, págs. 343-350. .

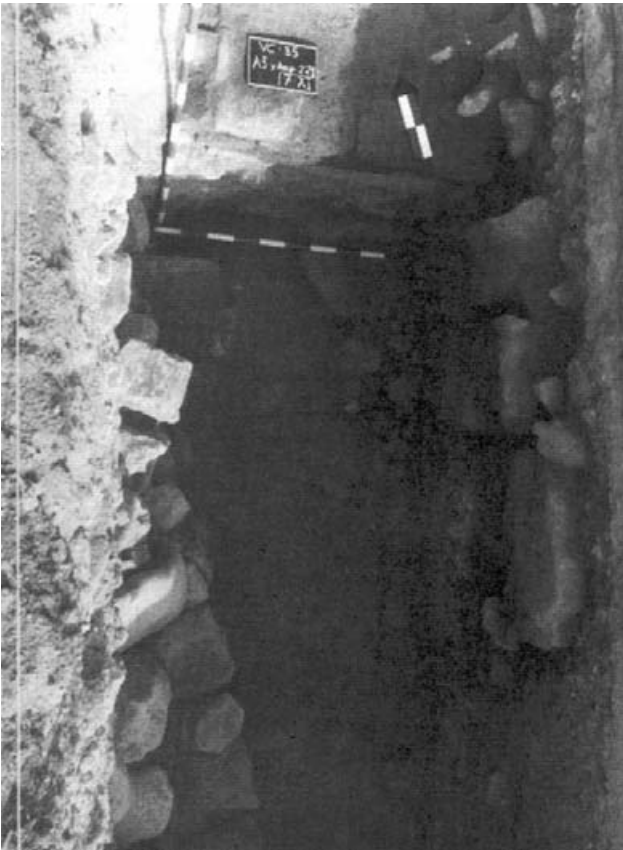


Fig. 2. Sondeo AE, villa de «El Olivar» Castulo.

amesetados y posiblemente creciendo alrededor de los edificios principales —hecho constatado en los castros de Giribaile y Vadollado, de los que trataremos más adelante—, que no serían muy suntuosos en una sociedad como la de Castulo, de economía rural básicamente agrícola y ganadera con un importante componente fundamentado en la metalurgia. Posteriormente en el momento de máximo auge demográfico rebasarían las murallas y se distribuirían por las laderas, a juzgar por los datos que aportan las necrópolis, en torno al primer cuarto del s. IV a. C. Ello si presuponemos que los muros pertenecen a viviendas, porque también pudiera tratarse del barrio o zona industrial extramuros; talleres de forja, alfares, molinos, que precisan de la cercanía del agua —en los alrededores del arroyo de San Ambrosio es donde se nota mayor densidad de paredes—. Los talleres a veces familiares y en la mayoría de los casos con escasa mano de obra, generalmente esclava, solían instalarse fuera de la población, no por causa discriminatoria, sino porque extramuros se halla más fácilmente la materia prima. Esta forma de aglutinación en barrios en cierta manera instintiva y primitiva va configurando un urbanismo a medida que la sociedad que lo compone se va haciendo más compleja. Aparte de los restos comentados existen restos de alfares: al pie del torreón árabe; otro en la margen derecha del arroyo de San Ambrosio en su curso medio, muy cercano a una veta de arcilla; restos de dos más al NW y O de la «Casa de Zamarrica», situada al O del poblado de la Muela. Un cuarto se localizó cercano a la necrópolis de Baños de la Muela y, finalmente, en la orilla izquierda del río Guadalimar, prác-

ticamente enfrentado el santuario de la Muela<sup>19</sup>, existía un gran alfar, con varios hornos, aún en buenas condiciones de ser excavado. El mismo tiene sin duda un perfecto emplazamiento, cercano a una importante cantera de marga de extraordinaria calidad. Muchas de las piezas salidas de este alfar se han encontrado en las excavaciones del poblado y santuario de la Muela y en los ajuares de la necrópolis del Estacar de Robarinas<sup>20</sup>.

Para dar mayor fuerza al argumento que asigna a esta zona el carácter de barrio industrial conviene indicar que en el mismo espacio se integran, por un lado los restos del embarcadero y, por otro los copiosos vestigios de escoria de fundición dan fe de una animada actividad metalúrgica en los contornos. Para la misma hay que tener en cuenta que se requieren imprescindiblemente tres factores: el mineral, abundante leña y agua. Respecto al mineral hemos hallado en los alrededores numerosas almagreras. Concretamente en los cerros de la ribera izquierda del Guadalimar existen vetas cuyo almagre es especialmente bueno para el beneficio del mineral e incluso para el embellecimiento de la cerámica. La existencia de las almagreras es un dato muy significativo a relacionar con el poblamiento si se tiene en cuenta que sobre este tipo de producto debió girar buena parte de la tecnología primitiva del metal<sup>21</sup>. Por otra parte, el paraje comprende los puntos de agua más importantes del entorno: el río Guadalimar, el arroyo de San Ambrosio, el manantial que fluye bajo el santuario de la Muela y las fuentes que hasta hace unas décadas alimentaban los recientemente desaparecidos «Baños de la Muela». El combustible necesario para los hornos cerámicos o de fundición lo proporcionarían los bosques de *quercus ilex* que se hallaban en el área de aprovisionamiento de Castulo. Esta leña de alto poder calorífico también fue empleada para realizar las cremaciones de los cadáveres en los *ustrinia* de las necrópolis cercanas. Aunque no han podido aislarse viviendas ibéricas en el área que comprende el yacimiento de Castulo, en parte por la destrucción parcial en época romana de las casas indígenas y en parte por la falta de excavaciones arqueológicas sistemáticas en las laderas Sur-Oeste del cerro de la Muela, se podría, con objeto de inferir sus modos de habitación, establecer paralelismo con el castro de Giribaile, en el que el indigenismo parece pervivir hasta época muy avanzada de la dominación romana. A pesar de que no existe aún un plan de trabajo en el mismo que rescate tan interesante poblado, los conjuntos de habitación han llegado hasta nuestros días perfectamente conservados, aunque en la actualidad la proliferación incontrolada de excavadores clandestinos está dañando gravemente las estructuras. Los habitantes de Giribaile y Castulo parecían tener relaciones de amistad y quizá de parentesco según se desprende de la petición de ayuda, atendida prontamente, hecha por parte de los habitantes de Castulo a los de Giribaile para vengarse de los soldados del pretor Didio que mientras inveraban en Castulo ofendían a sus habitantes, ayuda que a muchos les costó la vida y a otros la libertad, merced a la estrategia de Sertorio (Plut. Sert. 3).

<sup>19</sup> Para la localización de estos rasgos véase: J.M. BLÁZQUEZ, Castulo I, pág. 123 ss. para la necrópolis de Baños de la Muela y J.M. BLÁZQUEZ, M.P. GARCÍA-GELABERT, F. LÓPEZ PARDO, Castulo V, pág. 17 ss. para el resto.

<sup>20</sup> J.M. BLÁZQUEZ, M.P. GARCÍA-GELABERT, Castulo VI, EAE (en prensa).

<sup>21</sup> A. MADROÑERO, M.N. ÁGREDA: Contribución al estudio de la metalurgia de Castulo, en J.M. BLÁZQUEZ, M.P. GARCÍA-GELABERT, Castulo VI (en prensa).

Indudablemente cada ciudad era independiente en sus decisiones acerca de sus relaciones con el resto, pero dado que todas las del área debían compartir un idioma y una cultura común y practicarían en alguna medida el matrimonio entre los miembros de todas ellas, debió existir al, menos entre los grandes poblados, un ambiente socioeconómico y cultural común, así pues entre sociedades primitivas con esferas de relaciones sociales que se superponen y entrelazan<sup>22</sup> la cultura material lógicamente había de ser muy semejante.

Las estructuras habitacionales autóctonas en Giribaile se siguen conservando tras la conquista romana, no sabemos si a consecuencia de que el alto castro no ofrecía las condiciones adecuadas para su poblamiento cotidiano y los pobladores itálicos que explotaban económicamente el área preferían vivir en lugares más abrigados. Dicha hipótesis es válida hasta que no se realicen excavaciones que puedan apoyar o rebatir el tema. En el caso expuesto los conquistadores se limitarían a mantener en el cerro un contingente de tropas en vigilancia de los extensos terrenos que desde él se divisan. De este modo existiría un binomio: reducto campamental romano/asentamiento indígena, y aunque las interrelaciones entre ambos no dejarían de presentarse, la evolución de los iberos pudo realizarse paralela a la de los ocupantes romanos, sin que se llegaran a contaminar excesivamente, como en Castulo, de los modos romanos. Es el caso que aún reconociendo que los romanos convivieron en algún modo con los giribailenses, ya que los restos de cerámica sigillata y común romana se hallan mezclados con la ibérica y asociados a las estructuras de habitación autóctonas, hecho que sobre todo es constatado en los hoyos practicados por los excavadores clandestinos, el castro conserva aquéllas con un fuerte sabor ancestral, casas que no se diferencian en nada a las de los poblados indígenas más antiguos, como es el de Vadollado, situado al O de Giribaile, 5 Km. en línea recta<sup>23</sup>, en un cerro amesetado al pie del río Guarrizas, protegido por un fuerte escarpe. En este castro no se observa en absoluto la presencia romana, es más, hay una brusca ruptura de su hábitat en una época determinada (no se ha excavado). La causa puede residir en que los habitantes del poblado fueran obligados en época temprana a abandonar el cerro y asentarse en el llano. Desde aquél se dominan al E, O y N amplias vegas y rutas naturales —un cruce de caminos y un desfiladero por el que pasaba la calzada Castulo-Sisapo— y, además, en la caída del cerro, al N, se encuentra una serie de obras hidráulicas romanas. Por todo ello no es extraño que el traslado se llevase a efecto, puesto que los pobladores de un lugar tan estratégico podían constituir un peligro para los que transitaban por la vía o trabajasen en los molinos.

En Giribaile se construyeron dos tipos de viviendas que parece que conviven, aunque no hay que descartar entre ambos una secuencia temporal: viviendas de planta circular y viviendas de planta cuadrada o rectangular tipo megaron, en cualquier caso la técnica y material constructivo es idéntica. Igual fenómeno puede documentarse en el castro de Vadollano.

En general las casas pudieron estar directamente construidas sobre el suelo de tierra nivelado y apisonado, como el que se encuentra en el estrato III del sondeo A3 en la villa urbana de «El Olivar» de Castulo. En cuanto a los materiales de construcción empleados existen dos grupos, aquellos que son de carácter perecedero y los materiales inorgánicos. En concreto las paredes hasta una determinada altura, aproxima-

damente 0,40 a 0,60 m. son de piedra sin labrar, tendiendo a emplearse las planas, unidas con argamasa. Sobre este zócalo se alzarían paredes, bien de varas entrecruzadas reforzadas con mezcla de adobe, piedra y paja para temperar el barro con el que se enlucían, bien simplemente de adobes. Que las viviendas estaban levantadas empleando tales materiales lo prueba de cantidad de arcilla que se encuentra esparcida alrededor de los zócalos de piedra, producto del derrumbe de los alzados. Las cubiertas pueden haber sido construidas con ramas secas y otras fibras vegetales, también mezcladas con barro, sobre un entramado de viguetas o palos y apoyadas en los muros y en postes, al menos uno central había, que encajaba en una gran piedra con profundo orificio circular en el centro. El modelo de techumbre no se puede precisar aunque en última instancia cabría decir que sería la consecuencia de una adaptación al medio ambiente.

Debió existir una restringida gama de edificios y todos de pequeño tamaño con variaciones apenas sustanciales que afectaban a la forma y al tamaño, aunque no parece que a los materiales de construcción. En las variaciones podían estar implicados aspectos puramente ambientales o de riqueza y prestigio y otros íntimamente ligados a las diferencias impuestas por el sistema social en vigor. Nada puede decirse de la distribución de las clases sociales en el casco de la población y de una posible división por barrios. Tanto en Giribaile como en Vadollano hay al lado de relativamente amplias edificaciones rectangulares, cuyos lados largos miden alrededor de 10 m., otras pequeñas de 4 x 3 m., junto a otras circulares de 3,50 a 4 m. de diámetro. Es posible no obstante que por afinidad de oficios que puede conllevar semejante modo de vida, tendiesen a agruparse en una misma zona las familias pertenecientes a uno determinado.

Por lo que respecta a la pervivencia de la casa redonda en Giribaile y Vadollano, en Castulo no sabemos si este fenómeno existe, pensamos que en el supuesto que viviendas redondas y cuadradas y rectangulares sean coetáneas, puede deberse, en el caso de las primeras, a una pervivencia de la vieja herencia neolítica de origen mediterráneo, completamente extraña a las invasiones<sup>24</sup>. La planta redonda que es común en la Península desde época neolítica y durante toda la Edad del Bronce, incluso en su fase más tardía<sup>25</sup>, sencillamente puede constituir en estos castros de la Alta Andalucía un testimonio arcaico de las primitivas tradiciones, aunque por otra parte se nos hace muy difícil aceptarlo para unos pueblos que se hallaban en contacto continuo con las ideas renovadoras que aportaba el comercio con los mercados orientales, aunque cabe también esta excepción. De todas maneras, la incógnita del porqué de estas casas circulares en Giribaile ibérico, en Vadollano están más frecuentemente asociadas a materiales del Bronce III y Final, es un tema que ha de dilucidar una excavación arqueológica sistemática extensiva.

<sup>22</sup> E.R. SERVICE: *Los orígenes del Estado*, pág. 82.

<sup>23</sup> Las coordenadas geográficas de Vadollano son: 38° 08' 37" Norte, 3° 32' 42" Oeste, hoja 905, Linares, del mapa 1:50.000 del Instituto Geográfico Catastral. Sobre el poblamiento en la zona véase J.M. BLÁZQUEZ, M.P. GARCÍA-GELABERT, Castulo (Jaén): ensayo de análisis ambiental, *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán*, Zaragoza 1986, p. 657-665. Los castros de Giribaile, Vadollado y Castulo debían de estar comunicados ópticamente entre sí, quizá por medio de hogueras, ya que de unos a otros hay perfecta visibilidad.

<sup>24</sup> A. GARCÍA Y BELLIDO: *Urbanística de las grandes ciudades del mundo antiguo*, Madrid, 1985 (2.ª ed.), pág. 353.

<sup>25</sup> A. GARCÍA Y BELLIDO: *Urbanística de las grandes ciudades*, pág. 333.

El origen mediterráneo primero es el que, como A. García y Bellido<sup>26</sup>, propugna P. Palol<sup>27</sup>, para las casas circulares de las fases I y II del Soto de Medinilla (Valladolid). En Soto las casas son de adobe totalmente; y se fecha en torno al 800-750 a. C. la fase Soto I, mientras que el tránsito entre Soto I y Soto II se da hacia el 650 a. C.<sup>28</sup>. Estas casas según F. Romero<sup>29</sup>, podrían enlazarse con las campaniformes del Cerro de la Virgen de Orce (Granada) y con las más tardías (Bronce Final) del Cerro del Real en Galera (Granada) a través de ciertas estructuras similares extremeñas. De ser así no es extraño pues, que esta tradición constructiva indígena se siga hallando en el castro de Giribaile que por otra parte no muestra un proceso muy evolutivo en su desarrollo.

El urbanismo en Giribaile y Vadollano apenas existe, las calles, si es que puede denominarse así a cortas travesías muy irregulares, están sometidas a un instintivo trazado urbanístico no proyectado con anterioridad a la construcción de las viviendas. Más bien éstas se levantan según la conveniencia del terreno. No obstante, algunas calles parecen estar pavimentadas con pequeños guijarros de río, alargados<sup>30</sup>, si según la prospección superficial llevada a cabo, efectivamente se trata de un espacio exterior a las viviendas. Los guijarros de estos pavimentos, más o menos de las mismas proporciones, están colocados de canto y formando un dibujo de espiga (Fig. 3). Este cuidadoso tratamiento de los suelos impulsa a inferir que estamos ante una concepción del espacio público más elaborada de lo que a simple vista cabe esperar, aún así mantenemos ciertas reservas hasta no comprobar si efectivamente se trata de calles empedradas, el estado actual de los conocimientos respecto al castro no incita a hacer suposiciones expuestas. Únicamente hay un hecho, la presencia de estos pavimentos que se repiten con idéntica técnica constructiva y materia prima en pavimentos que se han estudiado en el templo de la Muela de Castulo<sup>31</sup>, en las necrópolis del Estacar de Robarinas, de Baños de la Muela y túmulo de los Higueros, también de Castulo<sup>32</sup>, así como en la necrópolis cercana de Castellones de Ceal<sup>33</sup> y en el más alejado monumento funerario de Pozo Moro, en Albacete<sup>34</sup>.

Por lo que respecta al sistema de amurallamiento, tanto Giribaile como Vadollano como Castulo estuvieron amurallados en época prerromana y posteriormente Giribaile y Castulo en la romana. En relación con las murallas de Castulo, que han llegado a nuestros días, existe una inscripción dedicada a Quinto Torio Culeón, numerosas veces aludida en nuestros estudios. Entre las obras que esta inscripción atribuye al procurador augustal de la Bética figura la restauración que costeó de los muros que rodeaban la ciudad, envejecidos por la acción del tiempo. R. Contreras<sup>35</sup> en la expresión «*vetustate*» ve un doble concepto: que las murallas ya en tiempos del procurador eran muy antiguas y que esa antigüedad era precisamente la causa de su mal estado, necesitando por tanto la reparación. Esto confirmaría en cierto modo que el origen del recinto amurallado era de época antigua y muy probablemente ibérico cuando ya en el s. I, fecha a la que se atribuye la inscripción, se encontraba en ruinas. No obstante Pflaum<sup>36</sup> opina que la inscripción es del s. III y Duncan-Jones<sup>37</sup> entre los años 120 y 160. En términos generales si la muralla que restauró Q. Torio Culeón es la que se ve actualmente no puede ser más que del Bajo Imperio a juzgar por el aparejo, aunque se asiente sobre otra prerromana. Esta se reduce a escasos fragmentos de lienzo de muralla en la zona NE que enlazan con unos torreones



Fig. 3. Detalle de pavimento de Giribaile.

<sup>26</sup> Vid. supra nota 24.

<sup>27</sup> P. PALOL, F. WATTENBERG: *Carta arqueológica de España*. Valladolid, Valladolid, 1974, pág. 193.

<sup>28</sup> P. PALOL, F. WATTENBERG: *Carta arqueológica*, pág. 192.

<sup>29</sup> G. DELIBES, J. FERNÁNDEZ, F. ROMERO, R. MARTIN: *Historia de Castilla y León. La Prehistoria del Valle del Duero*, T.I, Valladolid, 1985, pág. 95.

<sup>30</sup> Cfr. D. SALZMANN: *Untersuchungen zu den antiken kieselmosaiken*, Berlin, 1982.

<sup>31</sup> J.M. BLÁZQUEZ, J. VALIENTE, Castulo III, pág. 20 ss.; J.M. BLÁZQUEZ, M.P. GARCÍA-GELABERT, F. LÓPEZ PARDO, Castulo V, pág. 237 ss.

<sup>32</sup> Para el Estacar de Robarinas véase: especialmente M.P. GARCÍA-GELABERT, *La necrópolis del Estacar de Robarinas: Ritos y creencias*, Madrid 1987 (Tesis doctoral), así como J.M. BLÁZQUEZ, J. REMESAL. La necrópolis del Estacar de Robarinas, en J.M. BLÁZQUEZ, Castulo II, págs. 347-404; J.M. BLÁZQUEZ, M.P. GARCÍA-GELABERT, Castulo VI. Para Baños de la Muela, J.M. BLÁZQUEZ, Castulo I, págs. 123-217. Para el túmulo de los Higueros, J.R. SÁNCHEZ MESEGUER, Los Higueros, en J.M. BLÁZQUEZ Castulo II, págs. 416-429.

Bibliografía sobre los pavimentos de cantos rodados: J.M. BLÁZQUEZ, M.P. GARCÍA-GELABERT, Pavimentos de cantos rodados en Castulo, *Arqueología* 51, 1985, págs. 13-22; id, Consideraciones en torno a los mosaicos de cantos rodados de Castulo, Jaén, *Mesa redonda hispano-francesa sobre mosaicos romanos en España*, abril, 1985 (en prensa); id, The sanctuary of «La Muela» (Castulo, Jaén). One of the joints of the oldest pebbles mosaics in the Spain, *Antiquity* (en prensa). Tratan genéricamente los mosaicos de cantos rodados de La Muela, D. FERNÁNDEZ-GALIANO, J. VALIENTE, Origen de los pavimentos hispanos de guijarros, *Homenaje a Martín Almagro Basch*, Madrid, 1984, págs. 21-45. D. FERNÁNDEZ-GALIANO, New light on the origins of floor mosaics, *The Antiquaries Journal*, 62, 1982, págs. 235-244; id, Influencias orientales en la musivaria hispánica, III *Colloquio internazionale sul mosaico antico* (Ravenna 1980), 1984, págs. 411-430.

<sup>33</sup> C. FERNÁNDEZ-CHICARRO: Prospección arqueológica en los términos de Hinojares y La Guardia, Jaén, *BIEG* 7, 1956, págs. 117-119.

<sup>34</sup> M. ALMAGRO-GORBEA: Pozo Moro, el monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica, *MM*, 24, págs. 177-293, especialmente pág. 189 ss. Sobre la bibliografía relativa a Pozo Moro véase nota 2 de la publicación citada.

<sup>35</sup> Un gran bienhechor de Castulo: Quinto Torio Culeón, *Oretania* 20 1965, pág. 63 ss.

<sup>36</sup> La part prise par les chevaliers romains originaires d'Espagne a l'administration impériale en *Les empereurs romains d'Espagne*, París 1965 pág. 113.

<sup>37</sup> The procurator as civic benefactor, *JRS* 64, 1974, pág. 79 ss.



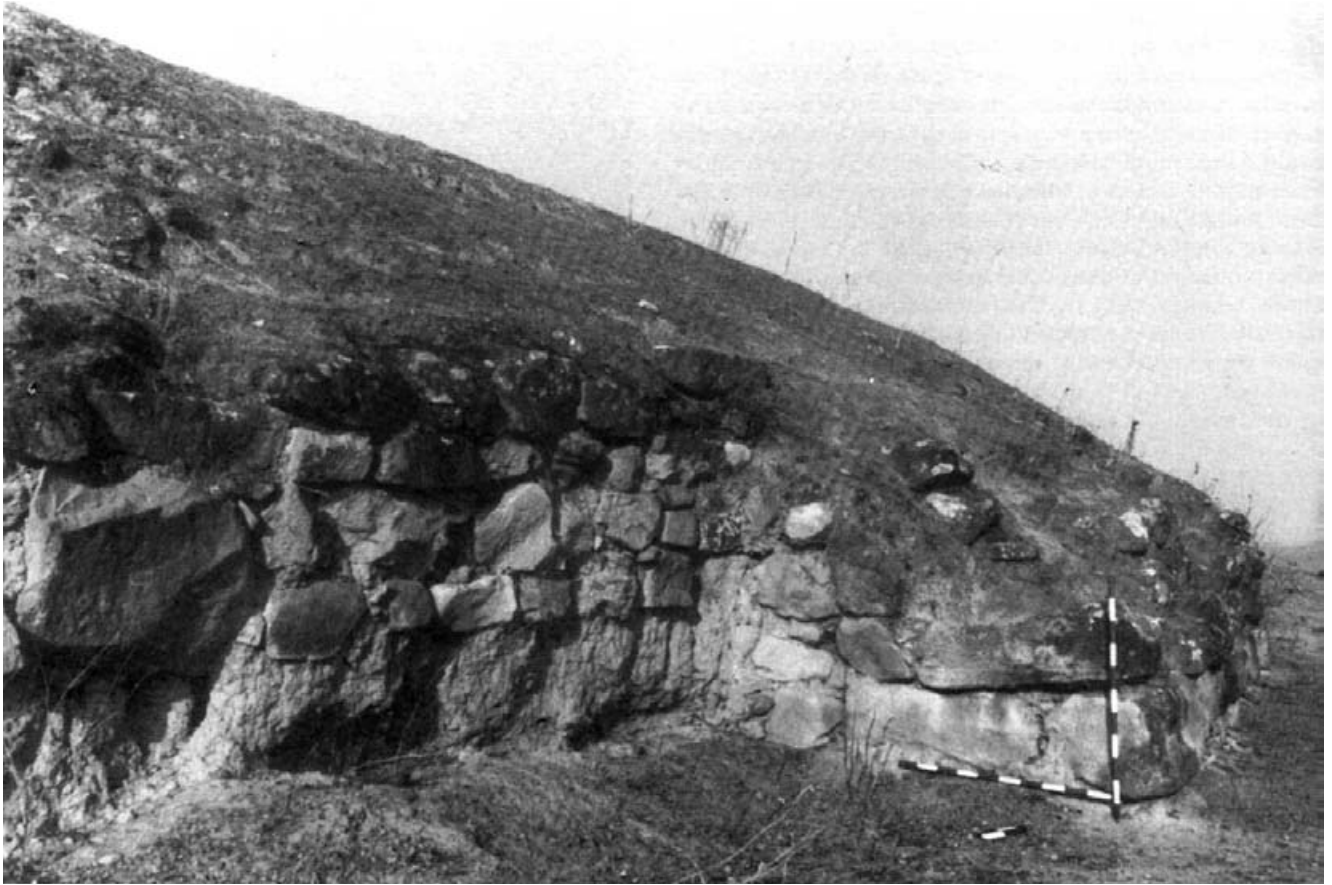


Fig. 4. Torreón de la muralla de Castulo.

cuadrados (Figs. 4-5)<sup>38</sup>. La piedra, apenas desbastada, se encuentra unida con argamasa. Los sillares rectangulares miden por término medio 0,80 m. de largo y 0,40 m. de ancho. Tanto la construcción como la piedra empleada en esta época prerromana es diferente del aparejo de traza romana: sillares de tamaño mediano sin apenas mortero en las uniones. El aparejo es desigual y no forma casi nunca hiladas regulares, no observándose tampoco en la mayoría de los lienzos descubiertos los fundamentos que probablemente están constituidos por sillares de mayores dimensiones. Aún así en algún lugar puede apreciarse algún aparejo si no ciclópeo al menos de mayor tamaño que el normalmente usado. La diversidad de aparejos se debe al fenómeno de reutilización de materiales de culturas anteriores, hecho que se observa frecuentemente en las construcciones de Castulo. Los restos de muralla prerromana que podemos observar en Giribaile y Vadollano, construidos especialmente en los lugares más vulnerables, están formados por lienzos muy derruidos, los que aún se hallan en pie muestran una construcción descuidada, la piedra mediana en Giribaile, de grandes dimensiones en Vadollano, esrá unida en seco. El ancho de las murallas en ambos castros oscila entre 3, 4 y 5 m. A trechos se observan amontonamientos de piedra que parecen corresponderse con cubos o torreones derruidos.

Examinadas superficialmente las particularidades del caserío ibérico de Castulo a través de los modelos de Giribaile



Fig. 5. Detalle del paramento.

<sup>38</sup> J. FORTEA y J. BERNIER: *Recintos y fortificaciones ibéricas en la Bética*, Salamanca 1970, pág. 233 ss.

y Vadollano, resta analizar brevemente los elementos arquitectónicos que han aparecido en superficie en la zona y alrededores, que si bien no pueden proporcionar datos acerca de las características morfológicas de los edificios a los que pertenecieron al menos dan noticia de que en la ciudad existieron en época ibérica construcciones de cierta envergadura como para recibir capiteles, frisos, jambas y molduras labradas. Si como suponemos el control y estímulo del comercio estuvo en manos de una jerarquía que en las sociedades primarias tiene mucho de teocrática<sup>39</sup> es lógico suponer que la misma tenga poder y lo emplee para controlar la mano de obra para levantar edificios que en la mayoría de los casos suelen ser monumentos propagandísticos de carácter sacro, hipótesis en la que coincide A. Blanco<sup>40</sup> o funerarios, en raras ocasiones son habitacionales, que redunden en la gloria de la estirpe dirigente. SÍ atribuimos pues a una gran mayoría de los restos arquitectónicos de Castulo la función de elementos de monumentos funerarios sacros podríamos determinar que efectivamente en la época que nos ocupa había en Castulo espléndidas tumbas principescas. Tales tumbas contribuirían a ayudar a la mitificación o heroización del personaje enterrado que enaltecería a los descendientes al hallarse ligados por lazos de sangre a un antepasado a su vez ligado a la divinidad, lo cual en última instancia vendría potenciar la función política.

He aquí los restos arquitectónicos que suponen una selección de los existentes para no hacer muy exhaustivo el estudio:

Un capitel cuadrado (Fig. 6) todo él cubierto de tallos en relieve que forman espirales terminadas en rosetas en la parte superior. Entre los tallos superiores hay una roseta y entre los inferiores una ova. Está tallado en piedra caliza local y hállese en el Museo Monográfico de Linares. Este capitel es muy semejante a uno hallado en el del cerro de las Vírgenes (Córdoba)<sup>41</sup>. Tanto en el capitel de Castulo como en el del cerro de las Vírgenes, y en la descripción seguimos a P. León<sup>42</sup>, se destacan tres elementos principales que son, una franja o moldura superior, lisa en el capitel de Castulo y profusamente decorada en el de Córdoba; la roseta, que es el motivo principal y bajo ella una especie de hoja cuya punta no se observa en el capitel del cerro de las Vírgenes. Una analogía más entre ellos es la decoración a base de un tema vegetal formado por volutas y espirales que en el capitel del cerro de las Vírgenes constituyen el aspecto más relevante.

Una jamba o dintel en piedra caliza (Fig. 7) decorado en relieve con roleos, palmetas y liras muy geometrizadas. Las palmetas se cierran en grandes espirales en forma de lira ligadas por sus extremos superiores como es frecuente en las representaciones fenicias (Museo Monográfico Linares).

Un capitel cuadrado de tosca talla (Fig. 8), en el que las volutas que se hallan representadas son independientes desde su arranque; en el centro tiene una palmeta de factura muy primitiva. El hecho de que las volutas sean independientes en su arranque, lo que no sucede en las jónicas, y la representación de la palmeta en el centro, induce a pensar a A. Blanco<sup>43</sup> que no deriva tal modelo del griego ni a ellos debe su introducción, sino a los fenicios, al igual que



Fig. 6. Capitel ibérico de Castulo. Museo Monográfico Linares.



Fig. 7. Jamba o dintel de Castulo. Museo Monográfico Linares.



Fig. 8. Capitel ibérico de Castulo. Museo Monográfico Linares.

<sup>39</sup> E.R. SERVICE: *Los orígenes del Estado*, pág. 210.

<sup>40</sup> *Historia del Arte Hispánico I. La Antigüedad 2*, Madrid, 1981, pág. 30.

<sup>41</sup> P. LEÓN: Capitel ibérico del cerro de las Vírgenes (Córdoba), *AEA* 52, 1979, págs. 195-204, figs. 1 a 4.

<sup>42</sup> P. LEÓN: Capitel ibérico del cerro de las Vírgenes (Córdoba), pág. 195.

<sup>43</sup> *Historia del Arte Hispánico I. La Antigüedad 2*, pág. 11.

los capiteles de tipo «eólico» de Cádiz y los representados en los relieves de Osuna. El capitel se ha tallado sobre piedra caliza (Museo Monográfico de Linares).

Un friso (Fig. 9) en relieve fino, muy plano, de palmetas y flores de loto, sobre este diseño un contario. Piedra caliza (Museo Monográfico de Linares).

Un capitel (Fig. 10), cuadrado, adornado con una moldura de ovas y dardos en la parte superior un contario. Piedra caliza. (Museo Monográfico de Linares).

Según A. Blanco<sup>44</sup> los elementos decorativos como ovas, dardos, frisos de palmetas, flores de loto, contarios que se representan en los dos últimos elementos arquitectónicos descritos, hay que atribuirlos a influjo focense. Los mismos son adoptados por la arquitectura y por las artes decorativas ibéricas ya en una fase antigua y plenamente en el s. V a. C. Aunque también cabe la posibilidad de que estos elementos se transmitiesen a la arquitectura ibérica en la segunda fase de florecimiento cuando sus introductores no tenían que ser necesariamente de estirpe jónica, sino helenística y hasta itálica.

Los grandes capiteles como los descritos, podrían formar parte de pilares-estela funerarios, según la reconstrucción hipotética realizada por M. Almagro<sup>45</sup>.

La decoración de ovas es frecuente en la arquitectura ibérica, baste recordar algunos fragmentos arquitectónicos del Llano de la Consolación<sup>46</sup>. Ovas decoran asimismo un capitel con caras humanas de Castellar de Santisteban, hoy en el Museo Arqueológico de Barcelona<sup>47</sup>; los bordes de la tapa de una cista en piedra de la necrópolis de Galera, conservada en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid<sup>48</sup> y, el borde superior de una segunda procedente de la necrópolis de Peal de Becerro, Jaén, también en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid<sup>49</sup>.

Dejando aparte estos dos últimos elementos arquitectónicos, cabe decir con respecto a los restantes en general que las piezas corresponden a un grupo de elementos arquitectónicos que han aparecido en diversas localidades andaluzas, de Granada y Jaén, principalmente. Van frecuentemente decorados con vegetales más o menos estilizados y motivos de cestería. Una composición formada por palmetas con un cordón, como orla decorada, adorna un sillar de Osuna (Sevilla). Una decoración de liras contrapuestas se encuentra en otra pieza arquitectónica de Osuna<sup>50</sup>. La decoración de un fragmento arquitectónico hallado en Montilla está formada por espirales en la parte superior, por una orla de ovas en la central y por espirales en las laterales inferiores. La zona central lleva un dibujo de trenza con las puntas dobladas hacia fuera<sup>51</sup>. En la tumba 75 de la necrópolis de Tútugi (Galera, Granada), se recogió una zapata adornada con espirales en los lados laterales y en el centro con un rosario de perlas en relieve. En Porcuna (Jaén) se halló un fragmento de pilastra decorado con lacerías<sup>52</sup>.

Los motivos decorativos de espirales no son solamente típicos del sur de la Península, pues también se les encuentra en el Levante ibérico como en un capitel de Elche, hoy en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid<sup>53</sup>.

Quizá toda esta decoración sea una representación muy estilizada del árbol de la vida. Nada tiene de extraño que los motivos vegetales de los elementos arquitectónicos de Castulo y de las demás localidades citadas representen o se interpreten en la mentalidad indígena como árboles de la vida. Ya hace muchos años se interpretaba como árboles de la vida algunos motivos decorativos de la cerámica de Azaila (Te-



Fig. 9. Friso ibérico de Castulo. Museo Monográfico Linares.



Fig. 10. Capitel ibérico de Castulo. Museo Monográfico Linares.

<sup>44</sup> *Historia del Arte Hispánico I. La Antigüedad 2*, pág. 10.

<sup>45</sup> M. ALMAGRO GORBEA: Pozo Moro, el monumento orientalizante, pág. 256. fig. 16.

A. GARCÍA Y BELLIDO: *Arte Ibérico en Historia de España, España prerromana*, Madrid, 1954, pág. 433, fig. 292.

<sup>47</sup> A. GARCÍA Y BELLIDO: *Arte Ibérico*, 1954, pág. 437, fig. 312; M. ROSARIO LUCAS: *Santuarios y dioses en la Baja época ibérica, La Baja época de la cultura ibérica*, Madrid, 1981, fig. 1:

<sup>48</sup> A. GARCÍA Y BELLIDO: *Arte Ibérico*, 1954, pág. 438, fig. 313; id. *Arte Ibérico en España*, Madrid, 1979, fig. 23.

<sup>49</sup> A. GARCÍA Y BELLIDO: *Arte Ibérico*, 1954, pág. 438, fig. 314.

<sup>50</sup> J.M. BLÁZQUEZ: *Arte de la edad de los metales. Arte orientalizante, fenicio y cartaginés*, en F. JORDÁ, J.M. BLÁZQUEZ: *Historia del Arte Hispánico, I. La Antigüedad I*, Madrid, 1978, pág. 307 ss.; A. GARCÍA Y BELLIDO: *Arte Ibérico*, 1954, pág. 434, fig. 297.

<sup>51</sup> A. GARCÍA Y BELLIDO: *Arte Ibérico*, 1954, pág. 43, fig. 310; id., *Arte Ibérico en España*, 1979, pág. 76, fig. 20.

<sup>52</sup> A. GARCÍA Y BELLIDO: *Arte Ibérico*, 1954, pág. 433, fig. 299; id., *Arte Ibérico en España*, 1979, pág. 25, fig. 17.

<sup>53</sup> A. GARCÍA Y BELLIDO: *Arte Ibérico*, 1954, pág. 434, fig. 295; id., *Arte Ibérico en España*, 1979, pág. 26, fig. 21.

ruel). No hay que olvidar que todo el arte de los pueblos de la Hispania antigua estaba impregnado de religiosidad. Acertadamente escribe A. García y Bellido<sup>54</sup> sobre el significado de las representaciones de la cerámica de Azaila: «el interés de estas abstracciones estriba en que con frecuencia traducen ideas de sentido religioso, lo que nos permite penetrar algo en la estructura espiritual de aquellas gentes». Nada tiene de particular un influjo de temas fenicios y púnicos sobre la arquitectura ibérica de Castulo, si tenemos en cuenta la amistad que los unió a los cartagineses (Liv. 24, 41).

La influencia púnica es muy notable en el ambiente ibérico de Castulo, hecho que se viene constatando con intensidad mayor a medida que los hallazgos arqueológicos se multiplican y las campañas de excavación sistematizan el material. A. Blanco, con motivo del análisis de dos pequeños joyeros o tarros de aceites que fecha en el s. IV a. C., y que fueron hallados casualmente en la finca Torrubia al O de la ciudad de Castulo, lugar de asiento de las necrópolis fechadas en el s. IV a. C., observa cómo en la cerámica común ibérica se da el fenómeno del préstamo cultural púnico. Los tarros decorados con líneas entrecruzadas repiten los esquemas decorativos que se encuentran primero en la cerámica fenicia y en la púnica más antigua de donde pasó a la tartésica y siglos más tarde en la hallada en las colonias púnicas<sup>55</sup>.

R. Olmos, que ha realizado recientemente un estudio de la cerámica ática aparecida en la necrópolis del Estacar de Robarinas<sup>56</sup>, integrante de los ajuares funerarios de la misma, supone que son los púnicos quienes controlan como intermediarios el comercio de cerámica ática del s. IV a. C. en toda el área andaluza, y escribe que la aportación púnica con respecto a estas cerámicas podría haber sido no sólo la comercialización hacia el mundo ibérico, sino también la dotación de un contenido nuevo a la imagen griega, más próximo al ibérico que el ateniense. En tal caso, el contenido iconográfico del mediador podría ser expresión simbólica de las divinidades púnicas, y llama la atención acerca del contenido iconográfico muy cercano al mundo simbólico púnico: prótomos de caballo, decoraciones radiales —soles incisos—, palmetas en círculos, etc.

Las palmetas que se encuentran en los elementos arquitectónicos descritos parece ser que gozaron de gran aceptación entre las poblaciones ibéricas y anteriores, baste recordar las palmetas sobre las arracadas de La Aliseda, joyas fenicias en torno al 600 a. C.<sup>57</sup> y el ornamento de palmetas del vestido de La Aliseda<sup>58</sup>. Palmetas decoran algunos de los platos de Abenjibre (Albacete)), obra del s. IV a. C.<sup>59</sup> y las esquinas de la gualdrapa del caballo hallado en Casas de Juan Núñez (Albacete)<sup>60</sup>. Palmetas de otro tipo, esta vez de cuenco, decoran el suelo del túmulo 2 de Galera<sup>61</sup>. Estas últimas palmetas siguen un modelo de gran tradición en el Oriente, pues se encuentran en la parte superior de un relieve de Arado con esfinge tumbada<sup>62</sup>. Estas mismas palmetas de cuenco se hallaron en fila en un marfil egipcio de Samaría<sup>63</sup>. En Chipre la palmeta adornó frecuentemente los bronceos, como un frontal de finales del s. VIII a. C. con imagen en relieve de un dios<sup>64</sup> hallado en la tumba 79 de Salamina y los marfiles, como la placa de marfil con esfinge de la misma tumba y fecha<sup>65</sup>. La palmeta del primer tipo se encuentra fundida en la extremidad inferior de las asas de los jarros piriformes en bronceos tartésicos, usados en las libaciones funerarias procedentes de Carmona, Coca, Niebla, Siruela, Mérida, Valdegamas, Villanueva de la Vera y

en los conservados en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York y en el Instituto Conde de Valencia de Don Juan en Madrid. Estas palmetas también ocupan el mismo lugar en los jarros en bronce de otras formas como el hallado en la ría de Huelva, fechado en el s. VI a. C., datándose la mayoría de las piezas anteriores en el siglo precedente<sup>66</sup>. La palmeta del bloque castulonense parece más fenicia que griega y sería una prueba más a las muchas conocidas del influjo profundo de la cultura fenicia sobre el arte ibérico andaluz.

A. Blanco<sup>67</sup> con ocasión de publicar las joyas de Lebuçao estudia el origen de los temas vegetales en la Península y el fuerte influjo fenicio en el arte ibérico andaluz. Hace referencia a una pieza arquitectónica hallada en Castulo y conservada en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, emparentada con los sillares de Osuna y escribe: «otra pieza interesante de la misma familia —sillares de Osuna— es el fragmento de un friso o de una jamba procedente de Castulo, en el Museo Arqueológico Nacional. Está decorada con un árbol de palmetas, con un cordón como orla. Sus menudas palmetas se encierran en grandes espirales en forma de lira, ligadas por su extremo superior, como es frecuente en los árboles de palmeta fenicios. Pero el artista parece haber interpretados estos nexos como centros de las volutas, de tal suerte que los brazos de las liras vienen a quedar unidos. La fuente de este motivo probablemente no fue griega ni romana, sino fenicia, algo semejante al que se ve en un marfil de Megiddo que, por otro lado, tanto recuerda a las composiciones de los más complejos broches de cinturón ibéricos».

<sup>54</sup> A. GARCÍA Y BELLIDO: *Arte Ibérico*, 1954, pág. 659; id., *Arte Ibérico en España*, 1979, pág. 104.

<sup>55</sup> Tarros de cerámica ibérica andaluza, *Oretania* 14-15, 1963, pág. 93 ss. fig. 1, fotogr. pág. 89.

<sup>56</sup> Aportaciones iconográficas a las copas del s. IV a.C. de Castulo: conjeturas púnicas, en J.M. BLÁZQUEZ, M.P. GARCÍA-GELABERT, *Castulo VI* (en prensa).

Sobre influencias púnicas en la Alta Andalucía Cfr. O. ARTEAGA: Las influencias púnicas, en *La Baja época de la cultura ibérica*, págs. 117-159; id., *Problemática general de la iberización en Andalucía Oriental y en el Sudeste de la Península en Simposi internacional: Els orígens del món ibéric. Ampurias* 38-40, 1978, págs. 23-60. Véase asimismo: L. ABAD, Consideraciones en torno a Tartessos y el origen de la cultura ibérica, *AEA* 52, 1979, págs. 175-193, especialmente págs. 191-193.

<sup>57</sup> J.M. BLÁZQUEZ: *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca 1975, pág. 122 ss.

<sup>58</sup> J.M. BLÁZQUEZ: *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, pág. 118, lám. XXXVII.

<sup>59</sup> J. MARTÍNEZ SANTA-OLALLA: Una vasija ibérica de plata del país de los mastienos, *Investigación y Progreso* 8, 1934, pág. 163 ss., fig. 2.

<sup>60</sup> T. CHAPA: *La escultura zoomorfa ibérica en piedra*, T. I Madrid, 1980, pág. 288 ss.

<sup>61</sup> H. SCHUBART: *Frühe Randkulturen des Mitteleerraumes*, Baden-Baden, 1967, pág. 186, fig. 8.

<sup>62</sup> S. MOSCATI: *U mondo dei fenici*, Milán, 1979, lám. 8.

<sup>63</sup> S. MOSCATI: *U mondo dei fenici*, lám. 20.

<sup>64</sup> V. KARAGEORGHIS: *Chypre*, Ginebra, 1968, fig. 721.

<sup>65</sup> V. KARAGEORGHIS: *Chypre*, fig. 127.

<sup>66</sup> J.M. BLÁZQUEZ: *Tartessos*, 1975, pág. 63, láms. XI-XXXI.

En torno a las joyas de Lebuçao, *Rev. de Guimarães* 68, 1958, pág. 183 ss., fig. 14. En relación con los marfiles fenicios y el árbol de la vida Cfr. J.M. BLÁZQUEZ, Marfiles de Cancho Roano (Badajoz) con el árbol de la vida y sus prototipos, *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, 1985, págs. 127-139. Para determinar posibles relaciones y connotaciones mesetáneas de los diseños tratados véase: A. BLANCO, En torno a las joyas de Lebuçao, pág. 193 ss.; J. CABRÉ, Decoraciones hispanas, *AEAA*, IV, 1928; id. Broches de cinturón de bronce damasquinado en oro y plata, *AEAA*, XXXVIII, 1937, págs. 93-126.

Para terminar vamos a enlazar nuevamente con el tema de la pronta romanización de Castulo para añadir un dato más que refuerce lo dicho. Se refiere al pavimento de *opus signinum*, recobrado en Puente del Obispo (Jaén) (Fig. 11) durante una excavación del Colegio Universitario de Jaén, ahora en el Museo Monográfico de Linares. Aunque queda fuera de la zona arqueológica de Castulo creemos conveniente citarlo por cuanto en la misma han aparecidos restos de tales pavimentos muy deshechos, consistentes en teselas blancas sobre fragmentos de mortero de cal, en la zona N de la ciudad. El pavimento de Puente del Obispo se compone de mortero de cerámica machacada sobre el que se incrustaron teselas blancas colocadas de manera muy descuidada formando series de cuadrados.

Estos pavimentos son los primeros que se documentan en los comienzos de la dominación romana, ya en la 2.<sup>a</sup> mitad del s. II a. C. en todo el s. I a. C. y perviven como sistema de pavimentación durante parte del s. I d. C.<sup>68</sup>. Suelen hallarse en lugares con un alto índice de romanización temprana, no tanto por la asimilación de la cultura romana por parte de los iberos como de la presencia real en sus ciudades de itálicos, sobre todo en las importantes por su actividad comercial, administrativa o comercial. Es significativo el hecho de que en Cartagena el mayor centro de explotación minera durante la República y Alto Imperio, como lo fue también durante los bárquidas, fuese una técnica arraigada según lo demuestra el gran número de tales pavimentos que en ella se han encontrado, la mayor parte desarraigados de su lugar primitivo<sup>69</sup>. Como es sabido, Cartagena al igual que Castulo, recibió la masiva afluencia de inmigrantes itálicos con destino a la explotación de sus minas.

El pavimento de Puente del Obispo cabría situarlo por la sencillez del tema en fecha temprana, si tenemos en cuenta que a medida que transcurre el tiempo la técnica se afianza en la Península y los temas y motivos se hacen más complicados. Paralelos semejantes se hallan como indicamos en Cartagena, los cuales a pesar de ser muy simplistas presentan mayor grado de complejidad que el de Puente del Obispo<sup>70</sup>. Otros pavimentos de *opus signinum* con motivos similares se encuentran en Andión (Navarra).

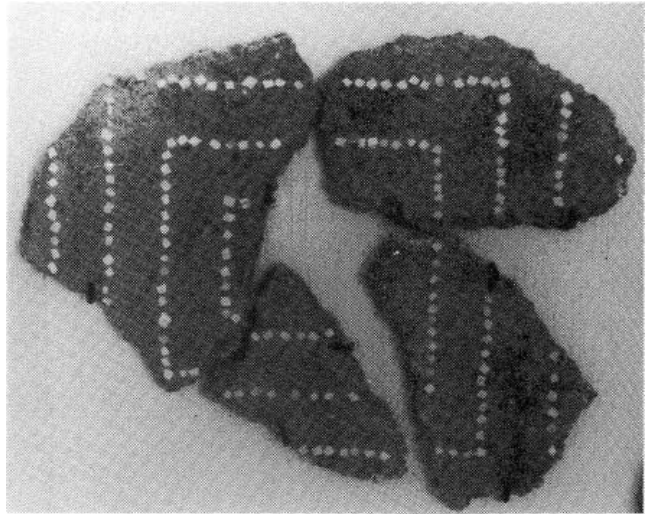


Fig. 11 Pavimento de *opus signinum* de Puente del Obispo. Museo Monográfico Linares.

<sup>68</sup> S.F. RAMALLO ASENSIO: *Mosaicos romanos de Carthago Nova (Hispania Citerior)*, Murcia 1985, pág. 158.

<sup>69</sup> S.F. RAMALLO ASENSIO: *Mosaicos romanos de Carthago Nova*: los pavimentos de *opus signinum* que más se acercan al de Puente del Obispo son: lám. XVII a, procedencia indeterminada (Museo Municipal de Cartagena), forma un meandro de esvásticas combinadas en doble T, posterior al 30 a.C., pág. 56; lám. XX, a, d, e, procedencia indeterminada (Museo Municipal de Cartagena), meandros de esvásticas y cuadrados, cronología dentro del s. I a.C.; lám. XXI, a, b, procedencia indeterminada (Museo Municipal de Cartagena), esvásticas y rectángulos, misma cronología que los anteriores. Todos ellos compuestos con teselas blancas y en ocasiones alternando con negras.

<sup>70</sup> J.M. BLÁZQUEZ, M.A. MEZQUÍRIZ: *Mosaicos romanos de Navarra, Corpus de Mosaicos de España VII*, Madrid, 1985. Desarrollan numerosos paralelos, págs. 14-15, con abundante bibliografía sobre el tema. Mosaicos de Andión, láms. 1-2 (fragmentos *in situ* y otros en el Museo Provincia de Navarra), retículas de rombos y esvásticas. Cronología últimos años del s. II a.C.